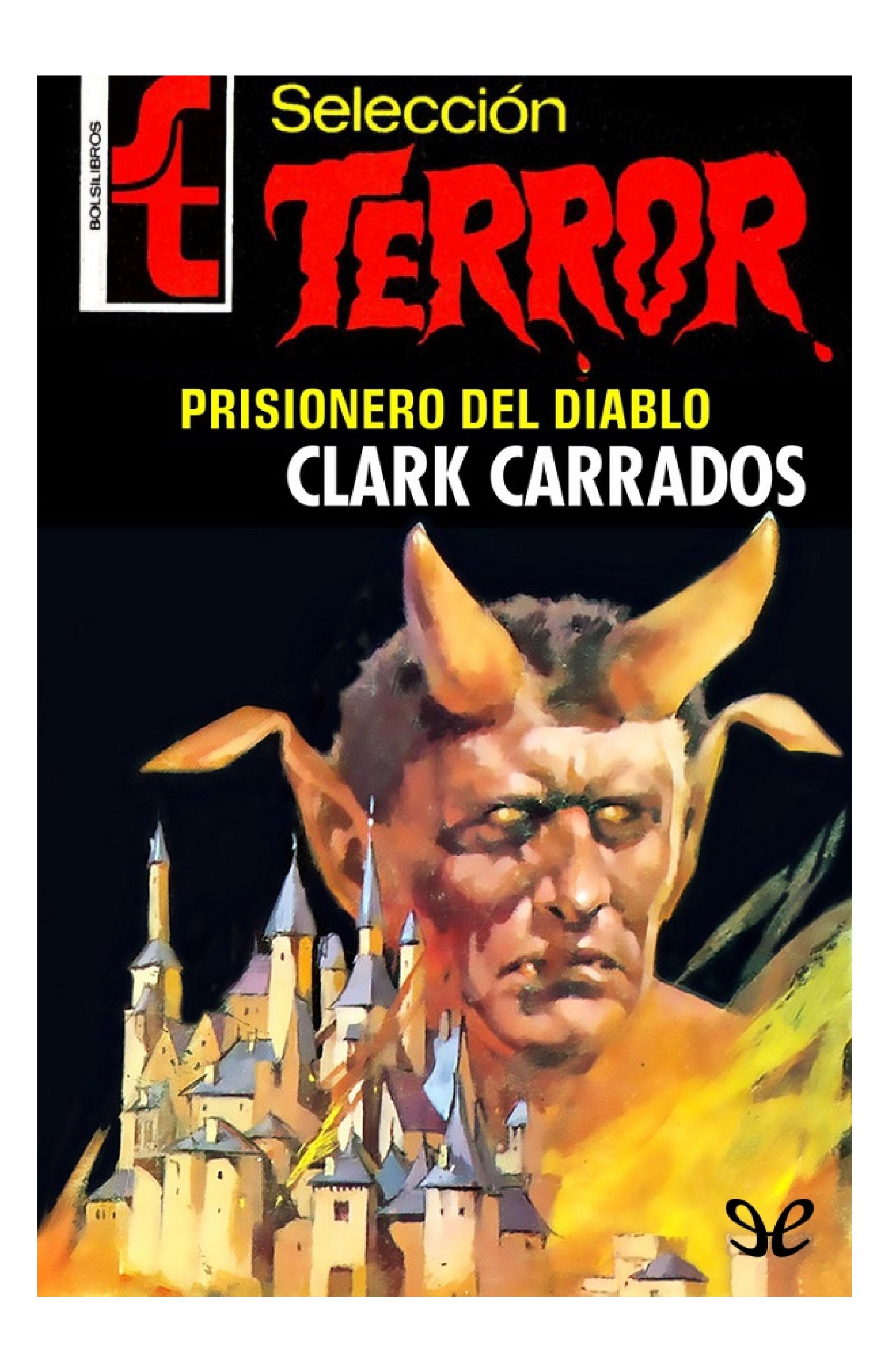

BOLSILIBROS
Selección
TERROR
PRISIONERO DEL DIABLO
CLARK CARRADOS

«Colter asintió maquinalmente. Polly atravesó la salita y el pequeño recibidor. Colter quedó solo, entregado a sus pensamientos, con un cigarrillo en los labios y el encendedor en una mano.

De repente, oyó un leve grito. Luego un sordo golpe. Era el ruido inconfundible de una persona que caía al suelo.

Colter se puso en pie de un salto, olvidando en el acto de su cigarrillo. Corrió hacia el recibidor y vio a la muchacha caída en el suelo, delante de la puerta.

Al otro lado divisó a un extraño sujeto, vestido casi enteramente de negro, con unas gafas muy grandes, de cristales oscuros, que casi parecían una máscara. La cara del hombre tenía un color amarillento y sus labios, delgados y pálidos, componían una enigmática sonrisa».



Clark Carrados

Prisionero del Diablo

Bolsilibros: Selección Terror - 127

ePub r1.0
xico_weno 31.08.16

Título original: *Prisionero del Diablo*
Clark Carrados, 1975
Ilustraciones: Alberto Pujolar

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

Aquel día, Brando Colter tenía una cita con una hermosa muchacha en un lugar agradable, distinguido y, sobre todo, discreto. El Byrd’s reunía las condiciones precisas para el encuentro y Colter se las prometía muy felices. La chica podía ser un poco vacía de seso, pero tenía unos ojos maliciosos, unos labios ardientes y un cuerpo abundantemente dotado por la madre Naturaleza. Era todo lo que pedía Colter, aunque se llevó un gran chasco al no encontrar a Hetty Fowson en el lugar acordado.

Hetty no estaba, pero sí un antiguo amigo, del que hacía unos años no tenía noticias. Ray Gardiner abrazó a Colter, le molió la espalda a palmadas y luego dijo que le invitaba a lo que quisiera para celebrarlo.

—Celebrar, ¿qué? —preguntó Colter, extrañado.

—Mi herencia —contestó Gardiner—. ¿Sabes?, ahora soy noble, tengo un castillo y ciento ochenta mil libras en el Banco, después de haber pagado todos los impuestos habidos y por haber.

Colter agitó una mano.

—Sí, necesito un trago —convino.

Una curvilínea camarera, escasamente vestida, trajo, no un vulgar *whisky* sino una botella del mejor champaña, La camarera guiñó un ojo a Colter, pero éste, todavía pasmado por la insólita revelación, no reparó en el gesto más que insinuante.

Colter sabía que su amigo Ray Gardiner podía tener muchos defectos, excepto uno: su escasa o nula inclinación a la fantasía, Por tanto, lo que acababa de decir sobre la herencia era realidad pura.

—De modo que noble…

—Sí, barón Harnigan, dueño de Harnigan Tower, que así se llama mi castillo, y de ese agradable montoncito de esterlinas, con

las cuales no contaba siquiera hace cuarenta y ocho horas. Pasado mañana iré a Harnigan Tower, para conocer mi nueva posesión. ¿Quieres acompañarme, Brando?

Colter meneó la cabeza.

—Lo siento, Ray —dijo—. Tengo trabajo, pero ello no me impide felicitarte y brindar por tu buena suerte.

Dos copas se alzaron al mismo tiempo. Luego, Colter preguntó:

—Ray, ¿cómo te ha caído encima esa lluvia de dones, qué parecen obra de algún hada benefactora?

Gardiner se echó a reír.

—Yo no lo sabía —contestó—, pero, por lo visto, y aunque de una rama bastante alejada, soy el único miembro vivo de la familia Harnigan, Un notario me escribió, me pidió datos de identificación, antecedentes, ascendientes familiares… comprobó todo, se percató de que yo era el único Harnigan sobreviviente y me hizo entrega de la herencia, eso es todo.

—Pues no es poco —comentó Colter—. La verdad, nunca imaginé nada semejante acerca de ti, Ray.

—¿Lo sabía yo siquiera? En mi casa nunca me hablaron del apellido Harnigan, aunque ahora he descubierto que lo llevaba la madre de mi bisabuela. Fíjate, soy Harnigan en cuarta generación y no hay otro vivo, así que me llevé esta especie de premio mayor de la lotería. ¿Otra copa, Brando?

—Bueno, sigamos la celebración. Un día procuraré visitarte en Harnigan Tower… Por cierto, aún no me has dicho dónde está.

—Arriba, hacia el Norte, en Escocia. Yo no lo sé muy bien todavía, aunque el notario me dijo que es una especie de isla, unida a tierra firme por una lengua de arena, que desaparece con la marea alta. Allí vivieron los últimos antepasados…

De repente, un hombre se acercó a la mesa ocupada por los dos amigos.

—¿Señor Gardiner? —preguntó.

—Sí, yo mismo —contestó el interpelado—. ¿En qué puedo servirle, señor…?

—Ferguson, Amos Ferguson. ¿Puedo sentarme? Colter se puso en pie.

—Te dejo, Ray —exclamó—. Sin duda, tendrás algo interesante que hablar con el señor Ferguson.

—Por favor —dijo Ferguson—, no se mueva por mí, caballero. Imagino que es buen amigo del señor Gardiner y que éste no tendrá inconveniente en que usted escuche lo que voy a decirle.

Los dos amigos se miraron un instante. Gardiner hizo un leve encogimiento de hombros, como indicando que no tenía la menor idea de quién podía ser Ferguson ni lo que quería de él. Colter volvió a sentarse.

Gardiner pidió una copa más a la camarera. Mientras, Colter observaba a Ferguson y pudo apreciar que era un tipo alto, delgado, pero no débil, de nariz aquilina y ojos negros, de mirada penetrante. La camarera trajo la copa, Gardiner la llenó y se la ofreció al recién llegado.

—Beba usted, en honor de mi buena suerte, señor Ferguson —dijo.

Ferguson mantuvo la mano quieta, sin hacer el menor gesto de querer probar el champaña.

—Mejor bebería para que usted rechazase su herencia, barón Harnigan —declaró sorprendentemente.

* * *

Aquellas palabras causaron una enorme estupefacción en los dos amigos. Gardiner, naturalmente, fue el primero en reaccionar.

—Dice usted que debo renunciar…

Ferguson dejó su copa intacta sobre la mesa.

—Sí, barón —insistió—. Renuncie a la herencia. Lo digo por su bien y el bien de su alma. Hágalo y vivirá, más o menos pobre, pero feliz.

—Oiga, oiga, si se trata de una broma, la encuentro de muy mal gusto —dijo Gardiner malhumorado.

—¡Escúcheme, barón!

La voz de Ferguson había tomado de pronto un tono autoritario, enérgico. Gardiner se quedó como parado, incapaz de contradecir al sujeto.

—No vaya a Harnigan Tower —continuó Ferguson—. Diga al notario que renuncia a la herencia, que lo deja todo, que no quiere ni aun el título nobiliario. Si va a Harnigan Tower, el alma del primer Harnigan se apoderará de su mente y de su cuerpo y le hará caer en los más inconcebibles crímenes que pueda imaginar

siquiera.

—Esto es un cuento de miedo —barbotó Gardiner—. Pero da risa, muchísima risa, ¿me oye usted, señor Ferguson?

—Como quiera, barón. Yo ya he cumplido con mi deber, advirtiéndole de lo que le puede suceder. ¿No sabe lo que le sucedió al último Harnigan que, vivió en aquel castillo?

—Ni idea —confesó el flamante heredero.

—Como sus antecesores, todos ellos presos del alma del primer Harnigan, cometió una serie de horrendos crímenes que, al menos en esta ocasión, fueron descubiertos. William Clancey Harnigan, último barón Harnigan, murió en la horca hace ciento veinte años. Desde entonces, Harnigan Tower permanece deshabitado. Nadie quiso vivir en un lugar que se consideraba maldito, ¿comprende?

—Lo único que comprendo es que me está contando una historia fantástica, señor Ferguson.

—Sabía que no me creería —dijo el extraño personaje—. Realmente no puedo impedirle que vaya a Harnigan Tower, pero sí le suplico que lo piense bien y que recapacite antes de tomar una decisión. Lo que ha heredado no le compensará de la pérdida de su alma, más importante aún que la propia vida.

Ferguson se puso en pie.

—Oficialmente, Harnigan Tower es suyo, señor Gardiner, pero, en la realidad, es la morada del diablo —concluyó.

Ninguno de los dos amigos tenía fuerzas para hablar. Ferguson echó a andar hacia la puerta.

De repente, desapareció.

Colter casi pegó un salto en el asiento.

—¿Dónde está ese hombre? —preguntó.

Gardiner parecía como extático, con la vista perdida en un punto remotísimo. La camarera de los guiños insinuantes se acercó de pronto a la mesa.

—¿Desean algo más los señores? —preguntó.

—Oiga —dijo Colter—, ¿quién era ese tipo que estaba con nosotros hace algunos momentos? ¿Lo conocía usted?

La camarera puso cara de asombro.

—¿Un hombre? —exclamó—. Pero ¡si han estado solos todo el rato! Colter creyó que sus oídos no funcionaban bien.

—He dicho que… Mi amigo, el señor Gardiner, le pidió una

tercera copa…

—Lo siento —dijo la camarera fríamente—. No estoy acostumbrada a que se burlen de mí.

Giró sobre sus talones y se marchó, con el aspecto de sentirse muy furiosa por lo que estimaba una burla del cliente. Pero Colter, de súbito, reparó en algo que, hasta entonces, le había pasado desapercibido.

¡No había tercera copa sobre la mesa!

Sobresaltado, se volvió hacia su amigo.

—Eh, Ray, despierta —dijo, a la vez que lo sacudía por un brazo. Gardiner se movió en el asiento.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Por qué me he dormido?

—Ray, un tipo llamado Ferguson ha estado aquí, para pedirte que rechaces la herencia —dijo Colter.

Gardiner miró a su amigo con ojos incrédulos.

—¿Te burlas de mí? —refunfuñó—. Estamos solos desde el primer momento y ningún tipo llamado Ferguson ha venido a molestarnos. ¿De dónde te has sacado esa idea tan estúpida?

Colter empezó a preguntarse si aquella única copa de champaña que había bebido hasta el momento no contenía una droga que le había causado extrañas visiones. Pero, de repente, divisó a una encantadora joven que avanzaba hacia la mesa.

Gardiner se puso en pie de un salto.

—¡Hetty, cariño! —exclamó.

La chica dirigió una cálida sonrisa a Gardiner.

—Hola, Ray, amorcito. Disculpa que me haya retrasado tanto, pero me entretuvieron en la peluquería…

Colter se quedó con la boca abierta. De modo que Hetty se iba ahora con su amigo.

—Hetty, preciosa, permíteme que te presente a Brando Colter —dijo Gardiner—. Es un amigo de toda confianza, ¿sabes?

La chica tendió una mano a Colter, a la vez que le dirigía una mirada de absoluta inocencia.

—Es un placer, Brando —dijo con voz musical.

—Ray tiene una suerte fenomenal en todos los aspectos —contestó Colter con fingida sonrisa—. ¿Te vas a casar con ella? —preguntó.

—Sí. Haremos el viaje de novios muy pronto, con etapa final en

Harnigan Tower, Pero antes, si quieres venir y acompañarme… Voy a acondicionar el castillo, para que Hetty no carezca de comodidades mientras estemos allí…

—Lo siento, Ray —dijo Colter—. Ya sabes que tengo trabajo.

—Lastimoso —sonrió Gardiner.

—Eres un hombre afortunado. —Colter palmeó las espaldas de su amigo—. Te enviaré un buen regalo de boda —prometió.

Estrechó la mano de Hetty y se marchó, menos furioso que decepcionado. Claro que, bien mirado, no se podía quejar. El poco seso de Hetty era proverbial entre quienes la conocían, sólo que él no había querido darse por enterado, hasta que su amigo, inconscientemente, le ofreció la prueba de la veracidad de aquellos rumores.

Pero luego, en parte, rectificó.

—Bueno, poco seso… Ray es ahora noble y rico y, además, tiene un castillo —soliloquió, mientras conducía su coche por las calles londinenses—. Hetty podrá tener poco seso, pero no es tonta, no.

Media hora más tarde, dejaba el coche en el estacionamiento subterráneo del edificio donde vivía. De pronto, al salir del vehículo, vio a Ferguson apoyado en una de las gruesas columnas de cemento, que sustentaban la estructura de la casa.

—¡Usted! —exclamó.

Ferguson emitió una triste sonrisa.

—Gardiner no ha querido hacerme caso —dijo.

—Pero, hombre, ¿quién puede creer semejante historia? —protestó Colter.

—Eso es lo malo, que nadie la cree y luego resulta ser verdad. Señor Colter, si de veras es amigo del barón, insista en que rechace la herencia, que rechace todo, todo: título, propiedad y dinero. Todo eso es propiedad de Satán, ¿comprende?

—Amigo Ferguson, Ray es ya mayorcito para saber lo que debe hacer —contestó Colter casi coléricamente—. Pronto cumplirá los treinta y cuatro años. Así, que lo mejor será dejarlo, ¿me ha oído?

Ferguson se encogió de hombros.

—Gardiner lo lamentará algún día —murmuró. Y echó a andar hacia la salida del subterráneo.

Durante unos segundos, Colter permaneció como clavado en el suelo. De repente, quiso echar a correr tras el extraño individuo,

pero, en aquel momento, vio que Ferguson había desaparecido.

El espacio entre su coche y las escaleras que había junto a la rampa de salida de coches estaba completamente despejado. Ferguson tenía que verse aún, como máximo en los primeros peldaños de la escalera, pero se había esfumado de una manera misteriosa, como si fuese un espectro.

Y, sin embargo, Colter estaba seguro de no haber soñado.

Estaba seguro de no haber soñado, pero, al mismo tiempo, había visto y oído cosas absolutamente reales, aunque no por ello menos fantásticas.

Colter era hombre de espíritu abierto y nunca rechazaba una idea o un hecho sólo porque él no fuese capaz de comprenderlos. Sabía que se producían acontecimientos cuya divulgación escapaba al común de los mortales y que, en apariencia, no tenía explicación posible. Pero no por ello dejaban de ser hechos auténtico… como las repentinas apariciones y desapariciones de Amos Ferguson y sus tétricos vaticinios.

—¿A quién o a qué representa tan lúgubre personaje? Era una respuesta que nadie podía darle, por el momento.

CAPÍTULO II

Bastante tiempo después, cuando Colter había olvidado ya a su amigo Gardiner, a su baronía y a su riqueza, cuando había olvidado ya a la voluble Hetty Fowson y al misterioso Ferguson, se encontró un día en plena calle con dos hermosas mujeres.

Una de ellas era una antigua conocida suya, lo que no significaba vejez ni siquiera madurez, pues era una muchacha que no había cumplido aún veinticinco años. Era una guapa joven, de ojos grises, pelo castaño y figura arrogante, que respondía al nombre más bien corriente de Polly Adams.

La otra, que le resultó completamente desconocida, era una espléndida morena de unos veintisiete años, vestida con singular elegancia, pese a la relativa audacia de su atavío. Colter y Polly se vieron al mismo tiempo y lanzaron sendas exclamaciones de asombro y alegría.

Tras los primeros saludos, Polly presentó a la morena.

—Se llama Anita Souza —dijo.

—Encantado, señorita Souza…

—Llámeme Anita, por favor —dijo la aludida, hablando con voz grave y bien modulada, teñida con un leve acento exótico—. Me disgustan las ceremonias. Brando.

—Me siento más encantado todavía —respondió Colter. ¿Era brasileña la hermosa Anita?—. Polly, el Grossard's está cerca. ¿Por qué no tomamos una copa para celebrar el encuentro?

—Desde luego —aceptó Polly sin vacilar.

—Tendrás que perdonarme —manifestó Anita—. Yo tengo una cita con mi modisto y no quiero hacerle esperar, porque ya llevo casi media hora de retraso. Polly, recuerda que no quiero que faltes

a la boda. Ah, por supuesto, si lo deseas, invita a tu amigo Brando.

—Eso depende de él —sonrió Polly.

Anita movió una mano. Instantes después, se perdía a bordo de un taxi. Colter y Polly quedaron solos.

—Bien, ¿qué hay de esa copa? —dijo la joven.

Colter tomó su brazo con gesto lleno de desenvoltura.

—El Grossard's está a menos de cincuenta pasos de distancia —declaró alegremente.

Minutos más tarde, estaban sentados frente a frente. Los ojos de Polly brillaban de un modo singular.

—Brando, ¿cuánto tiempo hace que no nos veíamos? —preguntó.

—La última vez, en Ascot, hace tres años.

—Pero hablamos sólo un par de minutos. Tú andabas muy atareado con el servicio de protección a la reina…

—Sí, es cierto. Hubo otra ocasión anterior, hace cuatro años, y la entrevista duró casi veinte minutos. Hoy me gustaría muchísimo alargarla durante horas enteras… a menos que tengas algo urgente que hacer.

—Estoy completamente libre —respondió Polly—. ¿Qué tal por Scotland Yard.

Brando?

—Estoy a punto de dejarlo, Polly.

—¡Cómo! —se sorprendió ella—. Tienes menos de treinta años y un porvenir espléndido en la policía. Has progresado mucho en ocho años…

—Pero no he perdido el tiempo —contestó él—. Tú sabes qué era lo que me gustaba más y aproveché para estudiar. Hace ya dos años que terminé la carrera de ingeniero. Incluso he tomado parte en un par de proyectos de cierta importancia. Esto me ha granjeado cierta reputación y me han hecho una oferta bastante buena. Tengo que estudiar el asunto muy detenidamente, para tomar una decisión en un sentido u otro.

Polly le dirigió una mirada de simpatía.

—Una curiosa combinación —dijo—. Policía e ingeniero… Eso no se encuentra todos los días, Brando.

—Tampoco uno se encuentra todos los días con una chica tan bonita como tú. ¿Sigues tan aficionada a escribir cuentos infantiles?

—Nunca se me pasará esa afición, Brando. Últimamente he editado un tomo con veinte cuentos y está teniendo bastante éxito, créeme. Por eso me he permitido unas pequeñas vacaciones. Luego, me retiraré una temporada a una casita que he alquilado en el campo y seguiré escribiendo.

—Pero, de momento, vives en Londres.

—En el mismo sitio, si aún te acuerdas —rió ella.

—Sigo siendo policía y, por tanto, conservo la memoria —contestó Colter jovialmente.

—¿Soltero?

—Y sin compromiso.

—Lo mismo que yo, Brando.

—¿Es posible?

—He tenido algunos pretendientes, pero no he sentido, por el momento, la menor tentación de pasar más adelante.

—En resumen, que estás mejor así, libre como el viento…

—O en espera de mi príncipe azul.

—¿Tengo yo el aspecto de ser ese príncipe?

—Hombre, no eres un adefesio. —Polly lanzó una alegre carcajada—. No sé por qué, pero me siento muy contenta de haberme encontrado contigo, Brando.

—A mí me pasa lo mismo —dijo él—. De modo que ahora no tienes nada que hacer.

—¿Y tú? ¿No estás persiguiendo a un criminal?

—He pedido una semana de vacaciones. Estaba algo cansado y, además, tenía que realizar algunas entrevistas, con objeto de tomar una decisión sobre mi futuro.

—Me gustaría que triunfases. Brando.

—Gracias, preciosa. ¿Otra copa? Polly miró a su alrededor.

—Aquí hay un ambiente algo espeso —contestó.

—¿Cuál de los dos vive más cerca? —preguntó Colter.

—Creo que yo —sonrió ella.

* * *

Polly preparó los combinados y dejó la bandeja sobre la mesita situada frente al diván en que estaba sentado su invitado. Ofreció

un vaso a Colter y tomó el otro, sentándose frente a él, con las rodillas muy juntas.

—Tengo un problema, Brando —dijo.

—¿Sí? ¿Qué te ocurre?

—He de hacer un regalo de boda y no se me ocurre nada. ¿Qué regalarías tú a una amiga que va a casarse con un noble?

—Ah, la bella Anita Souza se casa con un tipo de sangre azul.

—Sí, incluso con castillo propio. Él se llama Ray Gardiner y el título es barón Harnigan.

Colter movía la mano con el vaso, llevándolo a la boca, pero suspendió el gesto para mirar a la joven con rostro lleno de asombro.

—¿Has dicho barón Harnigan? —exclamó.

—Sí, exactamente. Es más, ayer mismo me lo presentó… Es un tipo muy apuesto, aunque lo encontré algo triste de cara… ¿Qué te pasa. Brando? ¿Por qué has cambiado de expresión?

Colter tomó un trago. Luego dijo:

—Pero Gardiner está casado. Es más, yo conozco a su esposa…

—Anita me ha dicho que es viudo, Brando. Colter apretó los labios.

—Pobre Hetty —murmuró.

—¿Cómo? ¿Conocías a la baronesa Harnigan? —se asombró Polly.

—Tiempo atrás, sostuvimos un ligero devaneo, pero ganó el título nobiliario y la fortuna que Gardiner acababa de heredar. Pero eso pasó hace año y medio, más o menos, y desde entonces no había tenido noticias de mi amigo ni de su esposa. Siento verdaderamente que Hetty haya muerto, aunque no sé la causa. Era la viva estampa de la salud…

—Creo que fue un accidente, pero no sé más, Brando. Se lo preguntaré a Anita en cuanto pueda.

—¿Quién es Anita? Por el apellido, parece brasileña o portuguesa…

—Brasileña de nacimiento, aunque inglesa nacionalizada. Su padre posee un buen paquete de acciones de la editorial para la que escribo mis cuentos. Allí es donde la conocí hace algunos meses. Pero tampoco sabía que se iba a casar, hasta que me lo dijo esta misma tarde.

Colter meneó la cabeza, con gesto preocupado.

—¿Se habrá cumplido la maldición de Harnigan? —murmuró.

—¿Qué estás diciendo, Brando? —exclamó Polly, muy intrigada.

—Verás, tengo que contarte algo muy curioso que me sucedió hará cosa de año y medio…

El timbre de la puerta sonó de repente. Polly se puso en pie, alisándose la falda maquinalmente.

—Dispensa un minuto, Brando —se disculpó—. Voy a despedir a ese inoportuno vendedor de cepillos y luego me contarás todo con más detalle.

Colter asintió maquinalmente. Polly atravesó la salita y el pequeño recibidor. Colter quedó solo, entregado a sus pensamientos, con un cigarrillo en los labios y el encendedor en una mano.

De repente, oyó un leve grito. Luego un sordo golpe. Era el ruido inconfundible de una persona que caía al suelo.

Colter se puso en pie de un salto, olvidando en el acto de su cigarrillo. Corrió hacia el recibidor y vio a la muchacha caída en el suelo, delante de la puerta.

Al otro lado divisó a un extraño sujeto, vestido casi enteramente de negro, con unas gafas muy grandes, de cristales oscuros, que casi parecían una máscara. La cara del hombre tenía un color amarillento y sus labios, delgados y pálidos, componían una enigmática sonrisa.

—Atienda a la señorita; se ha desmayado —dijo.

—Pero ¿quién es usted? ¿Qué es lo que le ha hecho? —exclamó Colter.

—Ella se lo dirá cuando despierte —contestó el desconocido:

Alargó la mano y cerró la puerta. Colter dudó un instante, pero luego pensó que lo más urgente era atender a la muchacha y se inclinó para tomarla en brazos.

Polly recobró el conocimiento minutos más tarde. Abrió los ojos y miró a su invitado.

—Oh, Brando, qué visión tan horrible… Creo que me desmayé, ¿no ha sido así? Colter asintió.

—Ese hombre te dijo algo. ¿Te amenazó? Polly hizo un gesto negativo.

—A mí, no —respondió—. Pero sí a mi amiga Anita.

—¿Cómo?

—No sé quién es ese tipo, nunca lo había visto antes de ahora. Pero me encargó de que hiciera desistir a Anita de su boda o le ocurriría algo terrible.

Colter puso un vaso en la mano de la muchacha. Polly tomó un par de sorbos.

—Después… después de que hubo hablado… sus ojos parecieron despedir chispas de fuego. Algo pareció estallar en mi mente. Grité, creo… y me desmayé…

—Polly, ese hombre tenía gafas oscuras —dijo Colter.

—Cuando yo abrí la puerta, no llevaba gafas de ninguna clase. Oh, Brando, si le hubieras visto los ojos… Parecían los ojos del diablo; despedían fuego…

Colter comprendió que la muchacha seguía todavía bajo el fortísimo choque que le había causado la inesperada visita del desconocido. Pero, de pronto, recordó a Ferguson.

¿Era el mismo que año y medio antes le había hablado de los graves peligros que corría su amigo si aceptaba la herencia?

La figura, los ademanes, los ropajes oscuros, la voz de ultratumba… En todo caso, las gafas oscuras, tan semejantes a una máscara, podían haberle engañado. Ahora estaba casi seguro de que había hablado de nuevo con Ferguson, aunque éste, por razones, que ignoraba, no había querido darse a conocer.

De repente, movido por un impulso irresistible, corrió hacia la ventana.

Era un gesto estúpido, se dijo. Ferguson había tenido tiempo más que sobrado para abandonar el edificio. «Si lo hubiera sospechado antes…», pensó amargamente.

Había once pisos hasta la calle. Asomó medio cuerpo y miró hacia abajo, sin ninguna esperanza. Pero, de súbito, vio a Ferguson que salía del edificio.

La actitud del sujeto le pareció altamente sospechosa. Ferguson caminaba con bastante prisa, mirando a derecha e izquierda, como si temiera ser espiado. Fuera, junto a la acera, había una pequeña furgoneta de reparto. Ferguson pasó a dos o tres metros de distancia de la cola del vehículo, cuya puerta trasera estaba abierta.

De repente, alguien arrojó sobre Ferguson el contenido líquido de un gran cubo. Casi en el mismo instante, otra mano tiró una

antorcha encendida.

La furgoneta arrancó a toda velocidad en el mismo instante en que las llamas prendían de golpe, envolviendo por completo a Ferguson, El hombre, convertido en una antorcha viviente, corrió alocadamente, a la vez que lanzaba unos alaridos horripilantes.

Ferguson corría por el centro de la calle, en medio del asombro y el horror de los viandantes. Se oyeron frenazos de vehículos. Un par de automóviles, sorprendidos por el inesperado espectáculo, chocaron violentamente.

De pronto, apareció un pesado camión de transporte. El conductor se encontró con aquella antorcha viviente a menos de diez pasos de distancia. Aquel cuarenta toneladas no se frenaba en tan corto espacio de terreno.

Ferguson cayó bajo las ruedas. El fuego se propagó al motor del camión pesado, cuyo conductor, tras haber detenido el vehículo, saltó al suelo y escapó a la carrera. En la calle se había producido una confusión dantesca.

De una tienda cercana salieron dos hombres, armados con sendos extintores. Uno de ellos corrió hacia el camión, pero cuando vio que salían llamas del tanque de combustible, escapó a la carrera.

El otro intentó apagar el fuego que todavía consumía al ya inmóvil Ferguson, cuyo cuerpo llameante, después del atropello, había quedado a una veintena de pasos de la cola del camión. El extintor lanzó chorros de espuma sobre el fuego y consiguió apagarlo.

De pronto, Colter notó a su lado la presencia de Polly.

—Apártate —dijo.

—Brando, ¿qué ha pasado? —preguntó.

—Por lo visto, alguien esperaba a Ferguson. Éste lo sabía o quizá lo suponía y aguardó a que pasara el peligro. Pero no pudo evitar que los asesinos consumaran sus siniestros propósitos —contestó sombríamente.

CAPÍTULO III

Veinticuatro horas más tarde, Colter volvió al piso de Polly.

La muchacha, todavía pálida y no repuesta de la impresión causada por los hechos de la víspera, le recibió con una sonrisa desvaída.

—¿Cómo estás? —saludó él.

—Un poco mejor —declaró la muchacha—. ¿Quieres una taza de té?

—No me vendrá mal, en efecto.

—Estará dentro de cinco minutos.

Polly marchó a la cocina y volvió poco después con una bandeja en la mano.

—Seguro que esperas que te cuente lo que he podido averiguar —dijo él, mientras removía el azúcar de su taza.

—¿No estabas de vacaciones? —recordó Polly. Colter sonrió.

—He hablado con algunos compañeros, a los que, naturalmente, proporcioné informes de lo que había visto —respondió—. Los ocupantes de la furgoneta eran tres y escaparon sucesivamente en sendos automóviles que ya tenían estacionados en sitios previstos de antemano. El último prendió fuego a la furgoneta. Dos coches más han sido encontrados ardiendo. Lo cual hace suponer que los asesinos se reunieron en un punto convenido y continuaron su fuga en un solo coche.

—Por lo visto, asesinar a Ferguson debía de ser muy importante para ellos —supuso Polly.

—Eso es lo que hemos deducido, pero todas las pesquisas realizadas hasta ahora han quedado detenidas con el hallazgo del último vehículo quemado. En cuanto a los asesinos, se supone que usaban «monos» de trabajo de una empresa ficticia, debajo de los cuales llevaban ropas corrientes. Incluso se cree que se habían

puesto máscaras completas para disfrazar sus facciones.

—Con todo lo cual, nos quedamos sin saber por qué quisieron asesinar a Ferguson.

—Suponiendo que fuera él, Polly.

—¿Qué quieres decir, Brando?

—Yo supongo que era Ferguson, pero no puedo afirmarlo rotundamente. Por otra parte… ¿Has leído los periódicos? ¿Has visto el noticiario de la televisión? —preguntó él súbitamente.

—No he leído periódicos —respondió Polly—. En cuando a la televisión, me fue imposible concentrarme y apagué el televisor a los pocos minutos de haberlo, encendido. ¿Acaso sucede algo nuevo?

—Algo muy extraño, tanto, que en Scotland Yard empiezan a dudar de que ayer muriese un hombre asesinado.

—¿Por qué dices eso, Brando?

—Después de que un hombre muere abrasado, dejando de lado el hecho de que, además, Ferguson fue atropellado por el camión, siempre quedan restos orgánicos que no han podido ser consumidos por el fuego.

—Sí, eso tengo entendido —dijo Polly.

—Bien, en el caso de Ferguson no quedó absolutamente ningún rastro, nada, nada absolutamente. En él cuerpo humano hay algunos huesecillos terriblemente resistentes al fuego y que necesitan de altísimas temperaturas, durante largo tiempo, para desaparecer por completo. De Ferguson no ha quedado ni siquiera un centímetro cúbico de hueso.

Ella tenía la boca abierta.

—Pero sólo le arrojaron un cubo de gasolina… Aunque contuviese veinte litros…

—Eso es lo que acentúa la profundidad del enigma, Polly. Decenas de personas vieron arder a Ferguson y oyeron los gritos que profería. Sin embargo, no ha aparecido de él ningún rastro, insisto.

—Brando, ¿estuvimos hablando con un fantasma? —dijo Polly, profundamente impresionada.

Colter hizo un gesto con las manos.

—Tú ya sabes lo que me pasó con él hace año y medio. Por dos veces se esfumó después de hablarme y a unos diez o quince pasos

de distancia. Lo único que sé es que, a veces, suceden cosas que escapan a nuestros limitados conocimientos, por lo que su comprensión nos resulta imposible. ¿Era un ser sobrenatural? ¿Cómo podremos saberlo, Polly?

Ella guardó silencio un momento. Luego hizo una pregunta:

—¿Piensas visitar a Gardiner, Brando?

—Sí, Polly.

—Me gustaría acompañarte.

—No hay inconveniente.

—Y también tendríamos que hablar con Anita.

—¿Los dos?

—Sería lo mejor, creo.

Colter fijó la vista en la muchacha.

—¿Te crees en condiciones de salir a la calle? —preguntó.

—Desde luego, Brando. Colter se puso en pie.

—Cuando quieras —dijo.

Polly tomó su bolso y caminó hacia la puerta. Antes de salir, se volvió hacia el joven.

—Espero que tu amigo no se enfade por lo que le vas a decir — exclamó.

—Al menos, se lo diremos —contestó Colter resueltamente.

* * *

Los ojos de Ray Gardiner se dilataron de asombro al reconocer a uno de sus visitantes. Sin embargo, no había en su rostro la alegría que Colter había apreciado año y medio antes, en vísperas de su boda con Hetty.

—No esperaba verte, Brando —dijo Gardiner.

—Me enteré de que estabas en Londres y quise venir a verte — explicó el joven—. ¿Conoces a Polly Adams?

Es escritora de cuentos infantiles, de las buenas en su género.

—¿Cómo está, señorita Adams? —saludó Gardiner amablemente —. Entren, por favor, me agradará invitarles a una copa.

—Será un placer —dijo Polly.

Colter se sentía preocupado. Había notado una extraña palidez en sus facciones, que tenía un perfil más afilado, como si hubiese perdido seis o siete kilos de peso. No obstante, sus ropas aparecían bien cortadas y no flotaban sobre un cuerpo, más delgado de lo que

Colter había visto tiempo atrás.

Gardiner sirvió las copas. Colter observó que sólo llenaba dos.

—¿Y tú, Ray? —preguntó.

—Ya no bebo. Hace mucho tiempo que soy abstemio.

—Oh, no lo sabía… Bien, a decir verdad, hacía tiempo que no sabía de ti, desde que estabas a punto de casarte con Hetty.

—Hetty murió hace diez meses, Brando.

La voz de Gardiner era fría, sin inflexiones. No había en ella la menor nota de aflicción o lástima por una esposa muerta en plena juventud.

—Ayer me enteré casualmente —dijo Colter—. Lo siento de veras, Ray.

—No te preocupes. Ya empiezo a olvidar. Incluso pienso en casarme.

—Con Anita Souza —intervino Polly. Gardiner volvió los ojos hacia la muchacha.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó.

—Anita y yo somos bastante amigas. Estoy invitada a la boda.

—Ah —murmuró Gardiner.

—Ray, ¿sigues viviendo en Harnigan Tower?

—Sí.

Colter observó que su amigo no parecía muy inclinado a hablar. Le extrañó, porque siempre había visto alegre y comunicativo a Gardiner. ¿Cómo era posible que hubiese cambiado tanto en menos de dos años?

—Me gustaría conocer Harnigan Tower, Ray. ¿Podré ir a visitarte algún día?

—Es un lugar maravilloso —intervino Polly—. Anita me lo ha elogiado grandemente.

—¡Pero si ella no ha estado allí jamás! —exclamó Gardiner.

—Bueno, tú le habrás hablado del castillo —dijo Colter. El dueño de la casa hizo un leve movimiento de cabeza.

—Sí, es cierto —admitió, con cierto aire ausente—. Le he hablado mucho de Harnigan Tower… La boda es la semana próxima. Vengan a visitarnos dentro de un mes, aproximadamente.

Polly abrió la boca para decir algo, pero Colter la contuvo oportunamente.

—Iremos a visitaros, Ray —dijo—. Y permíteme que te felicite;

Anita es una mujer muy hermosa. Estoy seguro de que sabrás darle la felicidad que se merece.

Momentos después, abandonaban la casa.

—No me has dejado decirle nada —se quejó Polly.

—Seguro que querías hablarle de la visita de Ferguson —dijo él.

—Sí, claro…

—No habrías conseguido nada. Ray está dispuesto a casarse con Anita. En todo caso, es a ella a quien hay que convencer para que anule el compromiso.

—¿Crees que querrá? —dudó Polly.

—Tú eres su amiga. Ahora te toca a ti hablar.

—Haré lo que pueda. Me acompañarás, supongo.

—Desde luego. —Colter apoyó las manos sobre el volante del coche, en el que acababan de entrar—. Estoy preocupado por Gardiner —añadió.

—No le había conocido hasta hoy, pero me pareció un tipo extraño, ausente de cuanto le rodeaba… Y no parecía afectado por la muerte de su primera esposa.

—Eso es lo que encuentro de raro. Ray fue siempre un tipo alegre, jovial, lleno de vitalidad y dispuesto a gastar una broma y a aceptar las que otros le gastasen. Pero hoy me pareció un anciano, pese a que su figura y su cara sean las de un hombre de treinta y seis años, mal cumplidos.

El coche había arrancado ya. Polly sintió una especie de escalofrío.

—Si es cierto lo que dijo Ferguson… —murmuró. Presentía que pronto iba a ocurrir algo, aunque no sabía qué podía ser ni mucho menos se le ocurría el modo de evitarlo.

* * *

Anita se indignó al escuchar la proposición de su amiga.

—¡Cómo! ¿Pretendes que rompa el compromiso con Ray? ¿Quieres que le deje plantado, ahora que ya sólo falta una semana para la boda?

—Anita, si me permites hablar… —rogó Polly.

La hermosa brasileña hizo un fruncimiento de labios.

—Polly, creo que nuestra amistad ni es tan profunda ni, aunque lo fuese, te concedería el menor derecho para interferir mis actos —

dijo—. Estoy enamorada de Ray, en primer lugar; y en segundo, me gustará ser llamada baronesa de Harnigan. ¿Está claro?

—Perdone un momento, señorita Souza —dijo Colter, silencioso hasta entonces.

—¿Sí?

—¿Puedo preguntarle qué carácter va a tener la ceremonia?

—Oh, pues… Nos casaremos en el Registro Civil, ante el juez correspondiente, claro.

—Y luego, irán a la iglesia…

—No, nos conformamos con la ceremonia civil.

—Claro, Ray está poseído por el diablo.

Anita, enormemente asombrada, miró a su amiga.

—Polly, creo que te has equivocado, no sólo al traerme al señor Colter a mi casa, sino también al considerarlo como tu amigo —exclamó.

—Anita, lo que he visto yo no es cosa de fantasía —contestó la muchacha.

—Para mí, suena a historia de locos —fue la tajante respuesta de Anita—. Y ahora, por favor, si me permiten, iré a arreglarme; tengo que cenar con mi prometido.

Colter entendió el significado de aquellas palabras. Anita daba por terminada la entrevista.

—Vámonos, Polly —dijo.

Cuando llegaban a la puerta, sonó la voz de Anita:

—Por supuesto, si quieren asistir a la boda, considérense invitados, como también al *lunch* que se servirá a continuación.

—Asistiremos —se despidió Polly.

De nuevo a bordo del coche, Polly, un tanto descorazonada, dijo:

—Brando, ¿no nos estaremos pasando de la raya y viendo fantasmas donde no hay más que un exceso de imaginación?

—Lo de Ferguson no era exceso de imaginación, me parece —alegó Colter.

—Pero ¿estás seguro de que era él? Porque tú mismo dijiste que 110 habías sabido reconocerlo. Y si era un fantasma, no pudo arder como una persona corriente…

—Una persona corriente no habría ardido de un modo tan absoluto, sin dejar el menor rastro, Polly.

Ella se hundió en el asiento.

—Entonces, ¿con qué fuerzas misteriosas nos enfrentamos, Brando? —murmuró. Pero Colter no se hallaba en condiciones de aclarar las dudas de la muchacha.

Asistieron a la boda. Fue una ceremonia sencilla, sin protocolo. Excepto la novia y Polly, no había más mujeres entre los presentes.

Por otra parte, los invitados eran más bien escasos. Un par de ellos eran amigos de Gardiner, a quienes Colter conocía muy superficialmente.

Había cuatro hombres más, uno de los cuales resultó ser el doctor Calvin Eamus, un tipo algo estrafalario, gordito, con barbita en punta y casi completamente calvo. Los otros parecían ayudantes o acompañantes suyos, altos, fornidos, con aspecto de guardaespaldas, según impresión que obtuvo Colter, habituado a ver tipos de aquella especie.

Eamus parecía muy afectado por la ceremonia, pero en sentido alegre, lleno de satisfacción por ver feliz a Gardiner.

—Se lo merece —dijo—. Es un chico que ha sufrido mucho.

—¿Lo conocía usted, doctor? —preguntó Colter, que había oído aquellas palabras.

—Por supuesto. Tuve que tratarle de la fortísima depresión nerviosa que le acometió después de la muerte de su primera esposa. Fue un terrible accidente…

—¿De automóvil?

—Oh, no. Sucedió en el mismo castillo, en una de las torres. La baronesa subió a contemplar el paisaje y cayó a un pozo abandonado, al hundirse las tablas que cubrían la boca. Nadie iba allí desde hacía muchos años, y las maderas se habían carcomido, por lo que no pudieron soportar su peso… Algo terrible, créame, inspector Colter.

El joven sonrió.

—No me dé ese tratamiento, doctor; acabo de dejar el Yard —dijo.

—Ah, lo ignoraba —murmuró Eamus.

Al salir del juzgado, terminada la ceremonia, se dispusieron a encaminarse a un restaurante próximo, en el que iba a celebrarse el *lunch*. Una mujer muy rubia, joven, de cuerpo generoso, pasó taconeando junto a los invitados. Vio a Colter e hizo un gesto de sorpresa, pero Colter no reparó en ella.

CAPÍTULO IV

Tres semanas más tarde, Brando Colter se tropezó con una cara conocida, cuando salía de la oficina en que trabajaba después de haber dejado su cargo en Scotland Yard.

Ella se paró y le miró de hito en hito, aunque sonriente.

—Si mi vista no me engaña, éste que tengo delante es el inspector que me envió a «chirona» para cuatro meses —dijo.

Colter se detuvo en seco.

—Su memoria es excelente, señorita Jones —contestó—. Aunque quizá ignora el hecho de que ya no pertenezco al Yard.

—¿Cómo? ¿Lo ha dejado? —se asombró la rubia.

—Así es. Y le ruego olvide lo que pasó hace un año. Yo cumplía con mi deber —dijo él.

—Claro. —La rubia sonrió maliciosamente—. Y yo con el mío, Brando. Claro que eran dos deberes tan diferentes… De modo que ya no es un «poli».

—No, Pamela Jones.

Ella suspiró profundamente, haciendo crujir las costuras de un sujetador demasiado ceñido a su busto exuberante.

—Pues mire, me alegro de que ahora sea un «paisano» —dijo—. Ya ve, no le guardo ningún rencor por lo que hizo entonces. Me crea o no, esos cuatro meses me sirvieron para reflexionar mucho. Me fui a mi pueblo, estuve allí una temporadita y luego volví a Londres. Ahora tengo un empleo mucho mejor.

—No sabe cuánto me alegro, Pamela. Si me permite, la invitaré a una copa para celebrarlo.

—Seré yo la que invite. En mi casa; está a menos de doscientos pasos —dijo ella, a la vez que le guiñaba un ojo—. ¿Se divirtió mucho en la boda, Brando?

—¿La boda? ¿Qué boda? —exclamó Colter, en aquellos

momentos ajeno por completo al sentido de la pregunta que ella acababa de hacerle.

—Hombre, le vi el otro día cuando salía del juzgado. ¿Es amigo del barón? Colter miró fijamente a la vistosa mujer que tenía frente a sí.

—¿Lo conoces, Pamela? —preguntó. Ella movió la cabeza repetidas veces.

—Una vez hice de «gancho» con él —rió maliciosamente—. Se dejó hasta las pestañas. De pronto, Colter tuvo una inspiración y agarró el carnoso brazo de la mujer.

—Vamos a tu casa, Pamela —propuso.

—Con muchísimo gusto —aceptó ella de inmediato.

Minutos más tarde, Colter se enteraba de que Pamela Jones, antiguamente dedicada al viejo oficio de atraer incautas a lugares donde hábiles jugadores les desplumaban con trampas y fullerías, trabajaba actualmente en una oficina, en la que se pasaba ocho horas aporreando una máquina de escribir.

—Es mortalmente aburrido, pero el sueldo no es malo y, sobre todo, me siento segura —dijo Pamela, después de entregar una copa a su huésped.

—Eso está muy bien —convino Colter—. Pero ¿cómo es posible que conozcas al barón? Siempre me pareció que Ray era un tipo sensato…

Pamela soltó una risita.

—¿Y yo? ¿Acaso soy un saco de patatas? —contestó—. Cuando buscaba clientes, pocos me fallaban. No me enviaste a la cárcel por ejercer la beneficencia, creo.

—La acusación fue de chantaje y extorsión. Para ti, en grado de complicidad, Pamela —recordó Colter.

—Lo sé, y por ello dejé aquella vida. Volví a mi pueblo, para pasar una temporada y meditar sobre lo que debía hacer en el futuro. Entonces fue cuando supe que Ray Gardiner era el nuevo barón Harnigan.

—Veamos, Pamela… ¿Cómo pudiste enterarte…?

—Bueno, hombre, mi pueblo está a ocho millas de Harnigan Tower. Un día lo vi pasar con su coche, pregunté a mi familia y me dijeron lo que sucedía, eso es todo.

—La baronesa había muerto ya, creo.

—Sí, sucedió poco antes de que yo llegase. En Millwardstone se susurra que fue el propio barón quien la asesinó. Hay quien dice que es el moderno Barba Azul…

—Pero, Pamela —exclamó Colter, atónito—. Ray sólo se ha casado una vez…

—Dos, guapo, dos. Y las que seguirán a esa tonta brasileña que ahora es la baronesa Harnigan.

Colter frunció el ceño.

—Son noticias muy graves —murmuró—. ¿Has oído algo de que Ray pueda estar poseído por el diablo?

—En Millwardstone existe la leyenda de que ya el primer Harnigan era el mismísimo demonio y que su alma diabólica se traspasaba a los descendientes, cuando los cuerpos morían. Pero el diablo se volverá al infierno el día en que se hunda la torre del lado Norte. Todos los Harnigan se han mostrado especialmente interesados en mantener su estructura en perfectas condiciones. Incluso Ray, a poco de llegar, hizo que unos cuantos operarios reparasen algunos desperfectos de esa torre. Tuvo que traerlos de muy lejos; no encontró en Millwardstone quien quisiera trabajar para él.

Pamela tomó un trago de su copa.

—Por tanto, imagínate quién es ahora nuestro común amigo Ray —concluyó. Colter asintió, preocupado por lo que acababa de escuchar a su anfitriona.

—Esto puede parecer una leyenda a muchos, pero, indudablemente, tiene un fondo de realidad —dijo.

—Es la verdad —exclamó Pamela—. Y si no, dime… ¿Se ha casado Ray ante un cura, en una iglesia? No, lo hizo solamente en un juzgado. Como la vez anterior…

—Cuando se casó con Hetty Fowson, lo hizo por la iglesia. Yo estaba presente, Pamela.

—Tal vez tengas razón, pero es que aún no había estado en Harnigan Tower. Por lo menos, el tiempo necesario para que el alma de su antepasado se apoderase de su cuerpo.

Colter hizo un gesto de duda. De pronto, Pamela se le sentó sobre las rodillas.

—Brando —dijo ardorosamente.

—¿Sí?

—Me alegro de que no estés ya en el Yard. —Ella le mordisqueó una oreja—. ¿Crees que podría hacer esto con un serio y riguroso inspector de policía?

Colter sonrió, a la vez que pasaba un brazo por la cintura de la joven.

—Indudablemente, no —contestó.

Pero más tarde, Colter se sintió asaltado por una duda.

—Pamela —dijo.

—¡Ugh! —murmuró ella lánguidamente.

—Hay algo que no entiendo. Tú has dicho que Gardiner hizo reparar la torre Norte.

—Sí, es cierto.

—En tal caso, ¿cómo no hizo poner tablas nuevas en la cubierta del pozo dónde se mató Hetty?

—Oh, quizá quería que se matase. Como un diablo que es ahora, Gardiner debe de cansarse muy pronto de sus esposas… es decir, de Hetty y de Anita dentro de muy poco… y de las que vaya a tener en el futuro, Al menos, eso es lo que se dice en mi pueblo…

Pamela se volvió hacia el joven y le abrazó ardorosamente.

—¡Hay otros que dicen que Gardiner mató a Hetty para heredarla.

—Hetty no era rica…

—¿No? Entonces, ¿de dónde diablos salieron las ciento diez mil libras que heredó Gardiner? ¿Qué me dices de Anita Souza? Se le calcula una fortuna de más de medio millón de libras, si hemos de creer lo que dicen ciertos periódicos y algunas revistas sociales.

Colter sacudió la cabeza.

—De todos modos, Gardiner es mi amigo…

—Y también un asesino, pero, no te preocupes; si me pide en matrimonio, después de que haya matado a Anita, le contestaré que no. Aunque, ¿cómo se le iba a ocurrir casarse con una mujer pobre?

Pamela volvió a besarle. Sus besos eran volcánicos, y consiguió que Colter olvidase por el momento sus preocupaciones.

* * *

El coche se detuvo frente a la puertecita del jardín que rodeaba la casa. Colter tocó la bocina un par de veces y, momentos después, tuvo la satisfacción de ver una hermosa figura en la puerta de la

casa. El tiempo era espléndido y ello permitía que Polly vistiese una sencilla blusa y pantalones cortos, que permitían ver sin dificultad sus bien torneadas piernas.

Polly agitó una mano.

Colter desembarcó del coche y avanzó a lo largo del jardín. A mitad de camino se detuvo y miró a su alrededor.

—La casa y el paisaje me gustan extraordinariamente —dijo. Avanzó unos pasos más y tomó con sus manos las de la muchacha.

—Pero la dueña, mucho más todavía —añadió. Polly se esponjó, visiblemente halagada.

—No soy la dueña de la casa —dijo—. Simplemente, la he alquilado…

—Puedes comprarla, Polly.

—Todavía no soy lo suficientemente rica para hacer una buena oferta al propietario —contestó ella—. ¿Te apetece algo?

—Té o café, lo que quieras.

—El té estará listo en pocos minutos. —Polly se colgó del brazo de su visitante—. Supongo que traerás muchas noticias. O no me habrías avisado de tu llegada.

—Te marchaste casi sin avisarme —se quejó él, ya dentro de la casa.

—No mientas. Dije que si querías algo de mí, me tendrías aquí. Ando esbozando unos cuentos y en Londres no puedo concentrarme a gusto. Siéntate, volveré enseguida.

Polly se marchó. Mientras ella preparaba el té, Colter examinó con ojo crítico la casa, encontrándola muy agradable. Vivir en el campo, se dijo, no dejaba de tener sus ventajas y aquella residencia no estaba demasiado alejada de la capital.

La joven volvió a poco, empujando el carrito con el servicio de té.

—Vamos, habla —dijo, en tanto servía las tazas—; estoy ardiendo en curiosidad.

—Fue un encuentro casual, pero muy fructífero —explicó él—. Y tuve, además, la suerte de que ella no me guardase ningún rencor. Hace tiempo, la envié a la cárcel para cuatro meses. Al salir, parece ser que hizo examen de conciencia…

—Y llegó a la conclusión de que el crimen no es rentable nunca.

—Ella no es una crimina! Sólo servía de «gancho» para

desplumar incautos. Uno de estos incautos fue, en una ocasión, el actual barón Harnigan.

—Oh —dijo Polly—. De modo que esa mujer te contó…

Colter habló durante unos minutos. Polly le escuchó con suma atención, sin interrumpirle ni una sola vez. Para terminar, Colter dijo:

—Ha sido una suerte que Pamela sea de Millwardstone. Esto nos permitirá ir a Harnigan Tower con ciertos conocimientos sobre el terreno.

Polly le miró fijamente.

—Diríase que vas más como investigador que como amigo de Gardiner —exclamó.

—En cierto modo, algo hay de eso —admitió Colter—. La muerte de Hetty me preocupa bastante, ésta es la verdad. Y no sólo a mí, sino a quienes no acaban de dar por buena la teoría del accidente.

—¿Crees que fue un asesinato?

—Gardiner había hecho restaurar la torre Norte. No conozco su distribución interior, pero ¿por qué no mandó cambiar las tablas que cubrían la boca del pozo por donde se precipitó Hetty? Y no debemos tampoco olvidar las ciento diez mil libras de la herencia.

—Pero él había heredado poco antes una suma mucho mayor. Ya tenía ciento ochenta mil libras cuando se casó con Hetty.

—Eso es cierto, pero todos los detalles incitan a pensar en un posible asesinato. Quizá luego se demuestre que, realmente, fue un accidente, pero es necesario comprobarlo.

—Ya entiendo —dijo Polly—. Bien, supongo que me pedirás que te acompañe a Harnigan Tower.

—Para eso he venido. Casi me pilla de paso y sé que tú tienes tanta curiosidad como yo por conocer la auténtica realidad de los hechos.

Polly asintió pensativamente.

—Tienes razón —admitió—. La leyenda del alma del primer Harnigan, la misteriosa muerte de Amos Ferguson… ¿Cuándo partimos, Brando?

—Si te parece, mañana a primera hora —contestó él—. Saliendo temprano, llegaremos a Millwardstone al atardecer. Allí descansaremos en el único albergue del pueblo y, al otro día, nos

acercaremos a Harnigan Tower.

—Es un plan estupendo —aceptó Polly, entusiasmada—. ¿Dónde pernoctarás hoy? Colter miró a su alrededor. Ella, sonriendo maliciosamente, meneó la cabeza en sentido negativo.

—Querido, no sabes cuánto lo siento, pero vivo en un lugar bastante puritano. Yo sé que tú eres todo un caballero y que no serías capaz de propasarte conmigo lo más mínimo, pero hemos de tener en cuenta la vecindad. A estas horas hay al menos media docena de viejas damas y otros tantos coroneles retirados, atisbando a través de los visillos de sus casas. ¿Qué dirían, si la casi famosa autora de cuentos para sus nietos y sobrinos, admitiese, siendo soltera, a un hombre en su casa durante toda la noche?

Colter se echó a reír.

—Tienes razón, encanto. Pero, al menos, podrás indicarme un lugar donde pasar la noche sin demasiadas incomodidades —contestó.

—Oh, claro que sí; este pueblo tiene un buen hotel y en su restaurante se sirven unas comidas estupendas —dijo Polly—. Por eso, para aliviar un poco tu enojo, permitiré que me invites a cenar.

—¿No habrá peligro de comentarios por parte de las viejas damas y los coroneles retirados?

—Al contrario, nos verán salir juntos y luego regresar y despedirnos en la puerta de la casa. Eso les llenará de satisfacción y entonces dirán qué pareja tan estupenda hacemos y que tú eres todo un caballero, como ya no quedan en esta salvaje Inglaterra de nuestros días.

—Y de ti dirán que eres toda una señorita, tan bella de cuerpo como de alma y que tus cuentos no son sino fiel reflejo de tus más puros sentimientos, inspirados por la bondad y magnificencia de tu espíritu.

Polly tosió.

—No hagas que me ruborice —dijo sonriendo. De pronto, se puso sería y añadió—: Brando, ¿y si de veras vamos a enfrentarnos con el diablo?

—Si eso es cierto, hay un modo muy eficaz de combatirlo —contestó él.

Metió la mano en el bolsillo y sacó una crucecita de oro, con cadena, que entregó a la muchacha.

—Perteneció a mi madre. Llévala tú —agregó. Polly movió la cabeza repetidas veces.

—No hay arma mejor contra el Diablo —musitó.

CAPÍTULO V

Millward parecía desierto cuando llegaron los dos jóvenes, a bordo del coche de Colter, en cuya conducción, dada la distancia, se habían relevado durante el camino. Apenas si un par de lámparas iluminaban la calle central, por donde pasaba la carretera. Una de aquellas luces pertenecía a Kedberry Lodge, el albergue que Pamela había indicado a Colter, ante cuya puerta se detuvo el vehículo, ya de noche cerrada.

Colter y la muchacha abandonaron el coche y entraron en el albergue. Había un mostrador de madera muy antigua, brillante por el uso, el cual aparecía desierto por el momento. Al fondo, se veía el comedor, en donde había una chimenea encendida.

El tiempo había cambiado considerablemente y la temperatura en Escocia era mucho más baja que en Londres. La chimenea encendida en el comedor del albergue era un detalle reconfortante para dos viajeros cansados y hambrientos.

Colter se acercó al mostrador y tocó el timbre de percusión. Una mujer, joven, de unos treinta años, apareció a los pocos instantes.

—Buenas noches —saludó—. ¿En qué puedo servir a los señores?

—Deseamos pernoctar en el albergue, señora —dijo Colter—. Habitaciones separadas, por supuesto. ¿Podrá darnos algo de cenar, aunque sea ya un poco tarde?

La mujer estudió un instante a la pareja, como extrañándose de que le pidieran habitaciones separadas. Colter, por su parte, apreció que era bastante guapa, vistosa y de cuerpo tal vez un poco exuberante, aunque un tanto basta. Pero no dejaba de tener bastante atractivo.

—Yo soy Brando Colter, ingeniero. Ella es Polly Adams, escritora —presentó el joven.

—Me llamo Harriet Smith —dijo la mujer—. Les daré habitación, por supuesto, aunque no me queda ya sino algo de carne fría y un poco de queso para cenar.

—Añada un par de *whiskys* y será suficiente, señora —sonrió Colter. Harriet hizo un gesto de asentimiento.

—Tengan la bondad de pasar al comedor —indicó. Colter se volvió hacia la muchacha.

—Entraré las maletas —dijo.

Polly movió la cabeza y luego se encaminó hacia el comedor. Pensativa, quedó en pie junto a la chimenea, contemplando la danza de las llamas con aire abstraído.

Dos o tres lámparas se encendieron de pronto. Polly, sobresaltada, se volvió, Harriet sonreía a la entrada del comedor.

—Había poca luz —dijo.

Colter vino momentos más tarde.

—Este fuego reconforta —dijo, a la vez que acercaba sus manos al calor de la chimenea.

Un golpe de viento sacudió de pronto los cristales de las ventanas del fondo. Atraído por el ruido, Colter se acercó a una de las ventanas y pegó la nariz al cristal.

El viento soplaba con fuerza. Extrañamente, el cielo aparecía despejado y se veía brillar la luna, cuyos rayos iluminaban con sorprendente claridad la costa junto a la cual se hallaba Millwardstone.

Colter divisó unos acantilados, en cuya base se estrellaban las olas con sordo fragor.

Muy a lo lejos, pudo ver unas lucecitas que oscilaban ligeramente. Le pareció que aquellas luces se hallaban fuera de la costa, pero no habría podido asegurarlo.

Harriet sirvió la cena. Colter y Polly comieron con buen apetito. Un par de tragos de *whisky*, evidentemente rústico, pero de gran sabor, terminaron de entonar sus cuerpos fatigados por tanta carretera.

—Estoy que me muero de sueño —confesó la joven—. Creo que esta noche voy a dormir como un tronco.

—Te conviene —sonrió él—. Yo también estoy muy cansado, aunque me quedaré un poco más.

Polly arqueó las cejas. Colter bajó la voz.

—Quiero sonsacar a la señora Smith —añadió.

—Cuidado —avisó ella maliciosamente.

—No seas mal pensada. Además, tiene marido y, por otra parte, yo no soy de esa clase de tipos que se creen irresistibles con las mujeres. Simplemente, hablaré con ella.

—De Harnigan Tower.

—Exactamente. Polly se puso en pie.

—¡Cuánto me gustaría ser mal educada y bostezar a gusto aquí mismo! —exclamó jovialmente—. Buenas noches, Brando —se despidió.

—Buenas noches, hermosa.

Colter quedó solo. Sacó un cigarrillo, lo encendió y se acercó a la chimenea.

Con el rabillo del ojo, divisó a Harriet detrás del mostrador, aparentemente entretenida en hojear una revista. Diciéndose que era hora de iniciar el primer contacto, alzó la voz:

—¡Señora Smith!

—¿Señor Colter?

—Por favor, otro *whisky*…

—Al momento, señor.

Harriet vino instantes más tarde. Colter la miró sonriente.

—Es un *whisky* estupendo —dijo—. Tal vez elaborado en casa.

—Lo hace un tío mío y tiene bastante fama, en efecto —contestó ella—. Mucha gente viene de fuera a comprarle un barrililllo y algunos se llevan, incluso, hasta media docena.

—Ya me indicará usted la dirección de su tío, para comprarle un barrilillo —dijo Colter—. Pero no tengo prisa; mientras esté en Millwardstone, beberé del que usted tiene para los clientes.

—¿Piensan permanecer mucho tiempo aquí? —preguntó Harriet.

«Ya picó», pensó Colter. Harriet había hecho la pregunta que él deseaba exactamente le hiciera.

—Algunos días, depende —contestó evasivamente.

—Millwardstone tiene unos paisajes muy bonitos en los alrededores, señor Colter.

—Eso tengo entendido. Sobre todo, un lugar llamado Harnigan Tower. Harriet se puso rígida, como a la defensiva, observó él.

—Todo depende de los gustos de cada cual —contestó la mujer —. Personalmente, no viviría en Harnigan Tower ni por todo el oro

del mundo.

—Tal vez a causa de la leyenda que pesa sobre ese lugar, señora.

—En Millwardstone, evitamos pronunciar el nombre de ese castillo maldito siempre que es posible. Perdóneme, pero es un tema que no me gusta mencionar.

—Siento haberla molestado —se disculpó Colter.

Pero Harriet había dado ya media vuelta y regresaba al mostrador. Colter se quedó un tanto perplejo ante la insólita actitud de la posadera. Luego pensó que era muy posible que aquellas gentes sencillas creyesen realmente en una leyenda de caracteres más que siniestros.

Apuró lentamente el *whisky*, buscando un poco de relajamiento que le permitiera dormir sin pesadillas. De pronto, oyó el ruido de la puerta que se abría.

Una turbonada de aire frío entró a través del hueco. Colter volvió la cabeza y divisó a un hombre de recia complexión, que tenía la vista fija en el mostrador.

Harriet miraba también al recién llegado. De pronto, movió la cabeza afirmativamente y dio media vuelta, desapareciendo tras la puerta que había al otro lado del mostrador.

Colter se quedó atónito. ¿No era aquél uno de los tipos que parecían acompañar al doctor Eamus durante la ceremonia de la boda de Gardiner y Anita?

Harriet volvió a salir, ahora con una manteleta sobre los hombros. Se acercó a la entrada del comedor y dijo:

—Dispénseme, señor Colter: me llaman para algo urgente. Cuando le parezca bien, puede subir a su habitación.

—Gracias, señora Smith.

El hombre con aspecto de guardaespaldas esperaba en la puerta del albergue. Colter apreció que ponía una mano en el brazo derecho de Harriet. Ella no protestó en modo alguno del gesto, más imperativo que amistoso, apreció el joven.

Al cabo de un rato, subió a su cuarto y se desvistió. Antes de meterse en la cama, miró a través de la ventana. Por el día, se vería un paisaje magnífico. La trasera del albergue daba a la costa y, a lo lejos seguían viéndose aquellas luces que…

¿Pertenecían a Harnigan Tower, el lugar que muchos estimaban como la morada del diablo?

Cansado, acabó por acostarse. Cinco minutos más tarde, dormía profundamente.

Un agudo grito le despertó, pasado un tiempo que no supo calcular en aquellos instantes. El grito era más bien un chillido de terror.

Colter se sentó en la cama. Creyó oír pasos precipitados en el pasillo, pero no hubiera podido asegurarlo. De repente, percibió unos fuertes golpes en la pared junto a la cual se hallaba situada la cabecera de la cama.

La voz de Polly, aunque notablemente opacada por el obstáculo del tabique, llegó a sus tímpanos con inequívocos trémolos de angustia:

—¡Brando, Brando!

Colter saltó de la cama y se puso las zapatillas y la bata. Luego salió al pasillo, corrió hacia la puerta de la habitación de Polly y asió el pomo con la mano.

—¡Abre, Polly! —gritó.

La llave sonó en la cerradura instantes después. Polly, terriblemente pálida, vestida solamente con un camisón, apareció ante sus ojos.

Estaba a punto de desmayarse. Colter la cogió por un brazo.

—Repórtate, Polly —dijo—. Estoy aquí, a tu lado…

Ella había sufrido una pesadilla, estaba seguro. Pero el sueño le había parecido tan real, que aún no había acabado de despertar por completo.

—Brando… el diablo… ha estado en mi dormitorio —gimió Polly.

* * *

Colter respingó. La pesadilla había debido de ser espantosa, pensó.

—Vamos, vamos —dijo, tratando de animar a la muchacha—. Has soñado, simplemente…

—¿Soñar? ¿No notas el olor a azufre?

Colter estuvo a punto de lanzar un grito. Sí, aquel débil pero fácilmente identificable olor persistía aún en la estancia.

—Será mejor que te pongas la bata o te enfriarás —dijo—. Anda, yo te ayudaré…

Polly se cubrió con la bata y metió los pies en las zapatillas. A Colter le hubiera gustado darle algo de beber, pero no tenía a mano y tampoco quería despertar a la dueña del albergue o a sus empleados.

Había un viejo calentador eléctrico en la habitación y lo encendió, ya que la temperatura había bajado considerablemente a causa de la hora. Arrebujada en la bata, Polly se sentó junto a la estufa.

—Bien, ya puedes hablar —dijo él.

—No hay mucho que contar, Brando —declaró la joven—. Yo dormía profundamente y me pareció sentir un ruido. De momento, no vi nada, pero al cabo de un rato, cuando ya me dormía, noté una presencia extraña en la habitación. Volví a abrir los ojos y contemplé una horrible cara verdosa, que resplandecía diabólicamente en la oscuridad… Las manos también despedían una extraña luz y se acercaban a mi garganta… ¡De pronto, aquel demonio vio la crucecita que me diste y lanzó un espantoso juramento en un idioma que no conozco! ¡Debe de ser un idioma infernal, Brando!

Colter procuró ocultar una sonrisa, debida a las últimas frases de la muchacha. Por otra parte, conocía bastante bien a Polly y sabía de su ponderación en juicios y comentarios sobre cosas que había visto. Su relato podía parecer fantástico, pero, al menos ella, lo tomaba como absolutamente real.

—De modo que viste al diablo…

—Sí, Créeme, Brando, no fue un sueño; estaba tan despierta como ahora. Y él quería atacarme…

—¿Estrangulándote? Si es el diablo, podía haber usado armas menos humanas que sus propias manos, ¿no te parece?

—Brando, ese demonio estaba en el cuerpo de un hombre mortal. Por tanto, era lógico que usara sus manos para estrangularme y no un arma infernal.

—Está bien, está bien. Dices, además, que vio la crucecita y…

Polly entreabrió un poco la bata para asomar la cruz de oro, que pendía de la cadena situada en torno a su esbelto cuello.

—El camisón es un poco atrevido, lo confieso —dijo, ruborizada —. Pero ha sido mi suerte, porque gracias a ello pudo ver la crucecita.

—Y emitió un juramento en un idioma desconocido.

—Sí, jamás había oído nada semejante.

Colter empezó a pensar si el diablo era huésped habitual de la posada. La cara y las manos resplandecientes podían conseguirse con algo de fósforo. El olor a azufre quemado era ya más difícil, pero tampoco imposible de provocar, después de haber preparado una pequeña cantidad, con un pulverizador de bolsillo… pero un hombre así disfrazado, si de veras quería matar a la muchacha, no iba a detenerse ante la cruz que ella tenía pendiente del cuello.

En las declaraciones de Polly, faltaban, sin embargo, algunos detalles por aclarar.

—¿Cómo se marchó, Polly? —Quiso saber—. ¿Desapareció tras una nube de humo sulfuroso?

—No recuerdo muy bien… Después de lanzar aquella horrible imprecación, se separó de la cama… Creo que perdí el sentido por unos instantes, una especie de vértigo que me arrebató la visión, aunque por muy poco tiempo. Pero cuando volví en mí, el diablo ya había desaparecido.

—Polly, al acostarte, ¿cerraste con llave la puerta de tu dormitorio? —continuó él.

—¿Con llave? Oh, no… No lo creí necesario. ¿Cómo iba a suponer que tratarían de asesinarme? Cerré la puerta de un modo normal, con el pestillo corriente…

—Sin embargo, cuando yo llamé, estaba cerrada con llave. Oí claramente cómo la hacías girar en la cerradura.

Polly se quedó pensativa unos instantes.

—Quizá esté equivocada, puesto que es un detalle en el que no reparé al abrir la puerta cuando vine a dormir —dijo al cabo—. Ahora bien, cuando tú llamaste, yo quise abrir y me di cuenta de que la puerta estaba cerrada con llave. Entonces la vi caída en el suelo… ¡Brando, si era el demonio, pudo filtrarse sin dificultad a través de la puerta! —exclamó ella, de repente.

Colter tomó una de sus manos y la palmeó suavemente. En su interior, estaba convencido, si no de la pesadilla, sí de una broma de muy mal gusto, hecha por un desconocido que había querido burlarse de la muchacha.

—Lo mejor será que te acuestes y vuelvas a dormir —dijo—. Ahora puedes estar tranquila; la cruz te protege del diablo y has

tenido una prueba palpable de ello.

Polly pareció sentirse más tranquila.

—Eso sí es cierto —convino—. Aunque he pasado un rato malísimo…

—Anda, acuéstate y no pienses más en ello. Colter se despidió de la muchacha y salió al pasillo.

Apoyada en la jamba de la puerta de su dormitorio, vestida con una espectacular bata adornada con muchos encajes, Harriet Smith sonreía de un modo peculiar.

—Creo que he perdido el tiempo —dijo. Colter oyó la voz y se volvió.

—¿Cómo dice, señora? —exclamó.

—¿Por qué solicitaron habitaciones separadas? ¿Cree que me hubiera escandalizado si hubieran pedido una sola habitación? Pudieron presentarse como el señor y la señora Colter, ¿no?

Hubo un momento de silencio. Colter reflexionaba sobre los motivos de la aparentemente extraña conducta de la dueña del albergue.

De pronto, sonrió y avanzó hacia ella.

—La señorita Adams se sentía un poco nerviosa y no podía dormir. Quiso fumar y me pidió cigarrillos y fósforos. No hay que pensar mal de nosotros, señora Smith.

—Es una explicación muy lógica —admitió Harriet—. Tengo ese defecto y no puedo curarme: siempre soy un poco precipitada en mis juicios. ¿Quiere entrar a fumar un cigarrillo conmigo?

—Será un placer, señora —aceptó él.

CAPÍTULO VI

Harriet llenó dos vasos y luego abrió una cigarrera.

—También puedo invitarle a un trago —sonrió.

—Beberé a su salud, señora…, aunque temiendo en cualquier momento ser sorprendido por su dueño legal.

Ella rió casi burlonamente.

—A mi dueño legal hay algo que le impide volver al dormitorio —contestó, mirando incitantemente al joven por encima de su vaso —. Dos metros de tierra —añadió.

—Oh —murmuró Colter—. Yo creí que aquel hombre que la llamó anoche era el señor Smith.

—No. Es… un conocido. Tiene a su madre enferma y me pidió la cuidase un rato.

—Entiendo. Pero usted es joven y hermosa… ¿Cómo no ha vuelto a casarse? A menos que su viudez sea reciente…

—Cuando una fracasa en su primer matrimonio, se resiste al segundo.

—Lógico. Señora Smith…

—Harriet, por favor —indicó ella.

—Muy bien, como diga. Anoche quise hacerle una pregunta sobre Harnigan Tower. Usted dijo que es algo que no se menciona en Millwardstone.

—No nos gusta hablar del Diablo, simplemente.

—Ah, ¿cree de veras que el demonio mora en Harnigan Tower?

—Sí. Pero un día se hundirá la torre Norte y el demonio volverá al infierno.

Colter tuvo que admitir que la respuesta de Harriet concordaba exactamente con los informes que le había dado Pamela Jones.

—Pero, a lo que parece, el actual barón ha dado orden de restaurar la torre —dijo.

—Sí, hace algún tiempo. Claro que él no lo ha hecho, sino el diablo que se ha posesionado de su cuerpo —contestó la mujer.

—¿Y no se puede expulsar al demonio de ese cuerpo humano? Harriet se encogió de hombros.

—Los simples mortales no pueden luchar con el Maligno —contestó.

—En Millwardstone debe de haber una iglesia, un pastor…

—El reverendo Brodniloo tiene miedo hasta de su propia sombra. Ni siquiera en pleno día se atrevería a acercarse a Harnigan Tower —dijo Harriet despectivamente.

—Entonces, el diablo seguirá habitando en el castillo.

—Hasta que se hunda la torre Norte. Pero ¿por qué hablamos de otros, pudiendo hablar de nosotros mismos? ¿No quiere otro trago, señor Colter?

El joven comprendió que Harriet quería llevarle a un terreno sumamente resbaladizo. A pesar de su falta de finura, era una mujer guapa, con un gran atractivo físico. Y por el momento, prefería conservarse firme.

—He bebido ya bastante, Harriet —sonrió—. Volveré otro rato. Estoy un poco cansado —se disculpó.

Ella emitió una sonrisa, con la que quería ocultar la decepción que le producía la respuesta del huésped.

—Venga en otro momento… cuando esté más descansado —dijo.

Colter regresó a su habitación. Por el camino, respiró profundamente. Se alegraba de no haber cedido a las poco disimuladas insinuaciones de Harriet. Era mejor así, pensó, mientras abría la puerta del dormitorio.

La habitación estaba a oscuras. Colter frunció el ceño.

«Cuando Polly gritó, yo encendí la luz… y así estaba en el momento de salir al pasillo…».

Pero ahora estaba apagada. Y ello le permitió ver, flotando en las tinieblas, una terrible amenaza escrita:

«No vayan a Harnigan Tower o les pesará».

* * *

El día era muy hermoso y ello permitía admirar el paisaje, que resultaba de una magnificencia insuperable. Las oías batían contra

los acantilados, provocando nubes de blanca espuma. Algunas nubes blancas flotaban en el cielo, de un azul esplendente. Por desgracia, pensó Colter, los días claros y de límpida atmósfera debían de ser escasísimos en aquellos remotos parajes del norte de Escocia.

La carretera, muy angosta, de tierra, bordeaba los acantilados, serpenteando con curvas a veces muy cerradas, que si aumentaban el encanto del panorama, obligaban, sin embargo, a una conducción muy atenta. De pronto, Polly dijo:

—De modo que te asustaste al ver el aviso escrito con letras que flotaban en el aire.

—Bueno, asustarme… Fue una impresión muy fuerte, compréndelo. La habitación estaba completamente a oscuras. Pero lo entendí con rapidez, cuando encendí la luz. Eran letras pintadas con fósforo en un gran cartón negro, colgando por un par de hilos de la lámpara del techo. Un truco muy efectista, todo hay que reconocerlo.

—Brando, ¿quién puso el cartel en tu dormitorio?

—No tengo la menor idea, aunque sí estoy seguro de que Harriet me invitó a una copa, para entretenerme mientras alguien colocaba ese aviso, evidentemente ya preparado. La luz de mi cuarto, recuérdalo, había quedado encendida, y el que colgó el cartel la apagó al salir, para que yo viese el aviso apenas abriera la puerta.

—A lo que parece, no hacemos caso de la advertencia.

—Vamos a Harnigan Tower. El dueño nos invitó, recuérdalo. Pero, además, tú puedes sonsacar a Anita. Eres su amiga, creo.

—No se puede decir que sea una amistad íntima, pero intentaré hacer algo —contestó Polly.

De repente, al doblar una curva muy cerrada, vieron una especie de túnel por el que pasaba la carretera. El túnel estaba situado en uno de los trozos relativamente rectos del camino y al borde de un acantilado de más de treinta metros sobre el mar. Pero al túnel le faltaba un buen trozo de la pared que daba al océano, lo que le confería el singular aspecto de las mandíbulas de la boca de una fiera, prestas a cerrarse sobre la presa.

—Cuando pasemos por allí —dijo Polly—, la bestia nos devorará.

Colter sonrió. Realmente, sí parecía que fueran a meterse

directamente en las fauces del dragón.

Pasaron bajo el túnel y doblaron la siguiente curva. De pronto, Colter pisó el freno a fondo.

Polly chilló. Colter apenas si tuvo tiempo de parar el coche, justo cuando el morro tocaba la enorme piedra caída en medio del camino.

El joven lanzó una maldición entre dientes. La piedra, por fortuna, no cubría toda la anchura del camino. A la izquierda había un espacio suficiente para que pudiera pasar el automóvil, pero habría de maniobrar con gran cuidado, debido a la proximidad al borde del acantilado.

Colter metió la marcha atrás. Retrocedió unos cuantos pasos y luego viró suavemente hacia la izquierda. De repente, se oyó un enorme crujido.

—¿Qué es eso, Brando? —gritó ella.

Colter levantó la cabeza. A su derecha, había un enorme paredón rocoso, con una pendiente muy acentuada y de más de cincuenta metros de altura sobre la carretera. Un colosal pedrusco se había desprendido del punto más elevado y rodaba velozmente hacia el camino.

—¡Salta, Polly! —gritó él.

La muchacha no se hizo de rogar y salió por la izquierda, ya que el volante del coche estaba situado, a la derecha. Colter abrió la portezuela y se precipitó fuera. Cayó al suelo, rodó varias veces sobre sí mismo y, en aquel instante, el pedrusco, de varias toneladas de peso, pasó rugiendo por su lado.

En medio del estruendo, Colter oyó vagamente gritar a Polly, pero toda su atención estaba centrada en evitar el aplastamiento bajo la roca. Ésta siguió su ruta, golpeó al coche en el costado, con tremendo impacto, y lo disparó al abismo.

Colter se puso en pie, aturdido y lleno de polvo. ¿Era casual la caída de la roca? De pronto, notó la ausencia de la joven.

—¡Polly! —gritó, sintiendo que se le ponían los pelos de punta.

—Aquí…

La voz de Polly sonaba débil, con grandes trémolos de angustia. Colter miró a derecha e izquierda, sin encontrar el menor rastro de la muchacha.

—Aquí… pronto, Brando… No puedo resistir ya mucho tiempo

más…

Colter corrió hacia el borde del acantilado. Al asomar la cabeza, sintió un escalofrío de terror.

Suspendida sobre el abismo solamente por las manos, Polly se encontraba a un par de metros del borde, con el cuerpo y las piernas en el vacío. Debajo de ella, a cuarenta metros, las olas golpeaban sordamente la base del precipicio.

Colter se dio cuenta de que Polly, tras saltar del coche, había retrocedido sin darse cuenta de su proximidad al abismo. Allí, el acantilado no era completamente vertical, sino que tenía cierta inclinación en un par de metros. Polly debía de haber resbalado de pie y sólo en el último instante, con los brazos extendidos en un instintivo gesto de salvarse, había podido agarrar el saliente del cual estaba suspendida.

Pero debajo de ella ya no había más salientes donde apoyar los pies. Por otra parte, aquél en que ella estaba colgada, era estrechísimo y había el espacio justo para las manos. Unos pies no podrían sostenerse en modo alguno, pensó Colter con toda rapidez, al tratar de hallar un medio de salvar a la muchacha.

Colter se tendió en el suelo y alargó un brazo.

—Es inútil, no llego —masculló, furioso. Si intentaba bajar hasta el saliente, corría el riesgo de perder pie y se precipitaría, la catástrofe que trataba de evitar.

—Una cuerda…

Pero no tenía nada semejante a mano. Desesperado, creyó haber encontrado la solución salvadora.

—Cinco segundos más, Polly —gritó—. Aguanta, aguanta…

Ya estaba sentado en el suelo. Se quitó los pantalones, quedando solamente con los calzoncillos. Claro que no eran momentos para remilgos, se dijo.

—Con tal de que resistan —murmuró, mientras subía la cremallera de la entrepierna, a fin de dar más solidez al conjunto. Luego agarró una de las perneras y lanzó el resto fuera del borde.

—Polly, con una mano primero —indicó.

Ella asintió. Sus ojos estaban fuera de las órbitas. Inspiró con fuerza y alargó una mano, asiendo la parte inferior de la otra pernera.

—Aprieta fuerte. Cuando estés segura, usa la otra mano —

recomendó él.

—Ya… cuando… quieras…

Colter agarró su pernera con gran fuerza. Ahora venía el momento crítico. Si el tejido no resistía…

La tela resistió. Colter era un tipo robusto, que no había descuidado nunca sus entrenamientos físicos. Primero se puso de rodillas y luego en pie, tirando lentamente de aquella improvisada cuerda de salvamento.

Polly se sintió izada a lo alto. Cuando notó que estaba en lugar seguro, se dejó caer al suelo, boca abajo. Entonces estalló en sollozos, que no podía reprimir en modo alguno.

—Oh, Brando, Brando… he pasado un miedo horrible…

Colter no contestó. Salvada ya la joven, estaba poniéndose los pantalones nuevamente. Al terminar, se arrodilló junto a ella y le puso una mano en la espalda.

—Llora todo lo que quieras, eso te desahogará —sonrió.

Polly hipó un par de veces. Luego hizo un esfuerzo y se sentó en el suelo.

—¿Estoy viva, Brando? —preguntó. Colter se echó a reír.

—Sucia, desgreñada, con algunos «sietes» en el vestido… pero agradablemente viva —confirmó.

—Brando —dijo ella, ya serenada en parte—, diríase que la amenaza que dejaron en tu cuarto no fue hecha en balde.

—Así es, y la piedra que nos cerró el paso había sido colocada deliberadamente para ponemos en el camino de la otra roca. Pero estoy por pensar que el hombre que la lanzó, calculó mal su propia fuerza y el peso de la piedra. Por eso tardó un poco en hacerla rodar y tuvimos tiempo de abandonar el coche.

—Pudimos haber sido arrojados al mar —se estremeció Polly.

—La cosa falló por algunos segundos solamente —convino él.

—Pero la roca era muy grande. Ya ves que incluso lanzó el coche al mar. ¿Cómo pudieron moverla…?

—Tal vez la vieron hace mucho tiempo en una situación ideal para un ataque de esta clase. Es probable, incluso, que socavaran su base, dejándola en un equilibrio poco menos que inestable. Entonces, resultó muy fácil movería con una larga palanca. Un hombre solo, con la palanca adecuada, pudo hacerlo, aunque si intervinieron más, no me extrañaría en absoluto.

—El Diablo no quiere que vayamos a Harnigan Tower —dijo ella.

—El Diablo, aunque no sea en forma visible, interviene siempre cuando se trata de asuntos de mucho dinero. Por ejemplo, heredar a una esposa que posee un capital de medio millón de libras esterlinas. Si Anita muere asesinada, su muerte habrá sido inspirada por el demonio… de la codicia.

Polly asintió con lentos movimientos de cabeza, mostrándose de acuerdo con la tesis de Colter. De pronto, extendió la mano y lanzó un grito.

—¡Mira, ahí está Harnigan Tower!

CAPÍTULO VII

A medida que se acercaban al punto de destino, obtenían más detalles del mismo. Harnigan Tower estaba edificado sobre una roca que sobresalía cincuenta o sesenta metros de la superficie del mar, que la rodeaba casi por completo, salvo en la delgada lengua de arena que ahora quedaba a la vista, debido a la marea baja. Tres de los lados del saliente promontorio eran acantilados casi verticales y sólo en el lado que miraba hacia tierra había una suave pendiente que permitía la llegada al castillo, por medio de un pequeño camino serpenteante entre la frondosa vegetación que cubría la península.

Harnigan Tower era un gran caserón de estilo indefinido, adornado, en cierto modo, por dos torres, una de las cuales era muy alta, cilíndrica, con almenas lisas, sin matacanes, lo que hablaba de su indudable antigüedad. La segunda torre apenas si rebasaba la estructura general del edificio y era de sección cuadrada, faltándole algunas almenas en su parte superior.

Colter y Polly atravesaron a pie la lengua de arena. Una ventana se abrió en el primer piso del edificio.

—Nos están viendo —dijo él.

—Les extrañará vemos llegar a pie —supuso Polly.

—¿Extrañarles? Lo encontrarán perfectamente natural. Estoy seguro de que en estos momentos, alguien se tira de los pelos por vernos sanos y salvas —contestó Colter.

Emprendieron la ascensión. Minutos después, llegaban ante un gran portón de piedra, bajo cuyo dintel había un hombre de rostro conocido para la pareja.

Sin embargo, desconocían su nombre, aunque el individuo se encargó de decirlo momentos después.

—Los señores, sin duda, vienen a visitar al barón —dijo el hombre.

—Así es —respondió Colter—. Creo que nos vimos en la boda…

—En efecto, inspector. Mi nombre es Jack Randall y ahora mismo iré a informar al señor barón de su presencia en el castillo.

—Muchas gracias, Jack, pero, por favor, tenga presente que ya no pertenezco al Yard. Randall arqueó las cejas un instante. A. Polly le pareció que se mostraba incrédulo, pero el sirviente, tras haberles hecho pasar al interior del edificio, se encaminó hacia el piso superior, por una escalera situada a la izquierda de la entrada.

—Un caserón muy sombrío —comentó ella.

—Y no parece precisamente un castillo, pese a sus dos torres —dijo Colter. Un hombre apareció de pronto ante la pareja.

—¡Caramba, pero si es el inspector Colter! —exclamó.

—Y la señorita Adams, doctor Eamus —contestó el joven—. Pero, como le he dicho a Jack hace unos momentos, ya no pertenezco a la policía.

—¡Sorprendente! —Dijo Eamus—. Un joven tan emprendedor, con un porvenir seguramente brillante… Aunque creo haberle oído algo al respecto.

—He emprendido otro camino que espero sea mejor —dijo Colter.

—Si usted lo cree, yo así lo deseo muy sinceramente. ¿Piensan estar muchos días en Harnigan Tower?

—Depende de la benevolencia de mi amigo Ray, doctor.

—Está algo delicado y eso me preocupa, porque no acabo de ver claro en qué puede consistir su dolencia —manifestó Eamus—. Pero, en fin, el ambiente es sano, la vida que lleva es tranquila y reposada, y él es un hombre joven y fuerte. Espero curarle muy pronto.

—No sabía nada acerca de la enfermedad de mi amigo —dijo Colter, sorprendido.

—Es cosa de poca importancia. En fin, si me lo permiten…

Eamus se marchó, dejando solos a la pareja. Polly notó bien pronto la preocupación que aparecía en el rostro de Colter.

—¿Crees de veras que Ray está enfermo? —murmuró.

—No puedo decir nada, hasta que haya hablado con él. Pero tú tampoco olvides que debes sonsacar a Anita…

Una voz femenina se dejó oír de pronto en lo alto de la escalera.

—¡Polly, querida! ¡Qué sorpresa tan agradable! —exclamó Anita

Souza, ahora baronesa Harnigan.

Polly avanzó hacia la escalera.

—Anita, disculpa mi aspecto, pero hemos sufrido un terrible accidente en el camino. Si me permites, te lo explicaré con todo detalle.

—Claro que sí, no faltaría más. Ven, sube a mi habitación. —Anita dirigió una leve sonrisa al joven—. ¿Cómo está, señor Colter?

—Celebro verla, baronesa —dijo el aludido.

—Oh, por favor, no gaste ceremonias conmigo —rió Anita—. Tony Coutts le atenderá enseguida. ¿Vienes, Polly?

—Sí, ahora mismo —contestó la muchacha.

Colter quedó solo en el vestíbulo. Un hombre apareció a los pocos momentos en el vestíbulo. Colter lo reconoció en el acto.

Era el misterioso sujeto que había ido a buscar a la dueña del albergue. ¿Qué hacía aquella colección de extraños personajes en la casa de su amigo Ray?, se preguntó, completamente desconcertado.

—Por aquí, señor —dijo el individuo—. Tenga la bondad de seguirme.

—Muchas gracias. Usted es Tony, creo.

—Tony Coutts, para servirle, señor.

Coutts precedió a Colter en la escalera. Cuando llegaban arriba, oyeron la voz del doctor Eamus en el vestíbulo:

—Señor Colter, lamento comunicarle que hoy no podrá ver a su amigo. Está sometido a un tratamiento especial y no conviene que reciba visitas de ninguna clase.

El joven se volvió y sonrió.

—Usted es el médico y sabe lo que más le conviene a mi buen amigo Ray —dijo cortésmente.

* * *

Colter oyó un ligero ruidito en la puerta de su habitación y corrió a abrir. Silenciosa como una sombra, Polly se deslizó a través del hueco.

—Cierra, Brando —musitó.

El joven obedeció. Polly vestía ahora con ropas nuevas, prestadas por la dueña de la casa.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó.

—He intentado sonsacar a Anita. Puede decirse que todo ha sido

inútil —contestó ella.

—¿Ha dicho algo de su esposo?

—Sí. Ray pasa actualmente por un fuerte estado de depresión. Eamus trata de curarlo mediante la hipnosis.

—¡Absurdo! —dijo Colter.

—¿Por qué? Un hombre puede estar deprimido…

—¿A las tres semanas de su boda con una mujer de tanta hermosura como Anita? Eso cura la melancolía, la hipocondría, la depresión… Sinceramente, no lo creo, Polly.

—Brando, yo me limito a repetir lo que ella me ha dicho.

—Indudablemente, pero no ha dicho la verdad.

—¿Crees que pueda estar de acuerdo con Eamus para asesinar a Ray? En tal caso, sucedería lo contrario de lo que tememos.

Colter se acarició el mentón con gesto pensativo.

—No podemos hacer nada, mientras no haya hablado con Ray. Pero el doctor lo ha prohibido por hoy, así que tendremos que esperar a mañana. —Dijo.

—Brando, todo esto me da mucho miedo. El ambiente es verdaderamente siniestro… parece que de verdad flote el alma del primer Harnigan, moviéndose como una sombra invisible por todas partes. Esta casa es, verdaderamente, la morada del diablo.

—Comprendo tus temores y yo mismo me doy cuenta de que estamos sumidos en una atmósfera que, en buena parte, es irreal. De todos modos, Polly, ¿te gustaría explorar un poco el castillo?

La muchacha sintió que un helado escalofrío le recorría la espalda.

—¿Cu… cuándo?

—A la media noche, cuando todos duerman.

—Si voy contigo… creo que no tendré miedo. Colter sonrió.

—Recuerda la crucecita. Te protege de un modo total —dijo.

Polly levantó la mano hacia el pecho. Debajo de la tela del vestido, pudo tocar aquel trocito de metal y ello la hizo sentirse muy tranquila.

—Está bien. ¿Vendrás a buscarme?

—Descuida. Ahora, pórtate con toda normalidad. Si ves algo raro, no dejes de comunicármelo a la noche.

—¿Qué piensas hacer tú ahora, Brando?

—Simplemente, buscar la entrada de la torre Norte. Polly agarró

la mano del joven y apretó con fuerza.

—Cuidado, Brando —susurró.

Antes de que ella saliera, Colter exploró el pasillo. Al ver que no había nadie, hizo un gesto con la mano y ella salió corriendo, aunque pisando de puntillas para no hacer ruido.

Colter se lamentó de que con el coche se hubiera perdido su linterna eléctrica, pero no se atrevió a pedir una, temeroso de que la petición pudiera levantar sospechas. Era preferible arreglarse con el primitivo método de una vela y había un candelabro de seis brazos en su habitación.

Se acercó a la ventana, que daba a la costa. La marea alta cubría la lengua de arena que unía Harnigan Tower con la tierra firme. Ahora estaban en una isla.

Y el diablo con ellos, pensó, sin poder contener un escalofrío.

* * *

Sonaron doce campanadas en el gran reloj del vestíbulo. Colter abrió la puerta y asomó la cabeza.

El silencio era absoluto. A veces, sin embargo, se percibía el sordo rumor del oleaje, mezclado con algunos silbidos del viento. Abajo, un par de lámparas proporcionaban una siniestra luz al vestíbulo.

Con la vela en una mano y los fósforos en el bolsillo, salió del cuarto. Instantes después, tocaba suavemente en la puerta del dormitorio de Polly.

Ella se hizo visible segundos más tarde.

—Tengo miedo —susurró.

—Entonces, quédate —dijo él.

—Oh, es que mi curiosidad es mayor aún que el miedo.

Colter sonrió. Agarró a la muchacha por una mano y tiró de ella.

Bajaron al vestíbulo y dieron la vuelta a la escalera, Colter se metió por un angosto pasillo, con techo abovedado, al fondo del cual se divisaba una puerta de recias tablas.

—¿Ésa es la entrada de la torre Norte? —preguntó Polly.

—Sí, Coutts en persona me la ha indicado.

—¡Caramba, qué amable!

—Oh, no fue difícil. Le dije que me gustaría ver el panorama desde la torre y me señaló la puerta. Pero ya era de noche y yo

contesté que subiría por la mañana, de día claro.

—Se nota que has sido policía —comentó ella zumbonamente.

—Algo queda, en efecto.

Llegaron a la puerta. Polly temió que estuviese cerrada con llave, pero sólo había un simple cerrojo, que Colter descorrió sin dificultad alguna.

Un chorro de viento frío y húmedo descendió de las alturas. Colter encendió la vela y su luz les permitió ver una escalera de caracol que se enroscaba adosada a la pared circular interior de la torre, cuyo diámetro no bajaba de los doce metros.

En el centro se veía una especie de columna de piedra muy gruesa, de cuatro o cinco metros de diámetro. Aquella columna parecía sustentar el techo de un piso situado a unos diez metros sobre sus cabezas.

Emprendieron la ascensión. La escalera pasaba al primer piso por medio de una trampilla lateral, que estaba abierta, y continuaba hacia arriba sin otra solución de continuidad. El primer piso era una gran plataforma de mampostería, en cuyo centro se divisaba un conjunto de tablas de forma circular.

Al otro lado, frente a la trampilla, había una ventana bastante angosta, con el dintel en arco de medio punto. Por allí entraba el frío viento de la noche. Colter tuvo que proteger la vela con la mano, a fin de evitar que se apagase.

—Ahora comprendo cómo murió Hetty —dijo.

—A ver, explícate —pidió ella.

—Es muy sencillo. Hetty subió un día a la torre, pero al llegar a este piso, cruzó para asomarse a aquella ventana. Está en línea recta con la trampilla de entrada, ¿comprendes?, y el pozo quedaba situado en su camino. Pisó las tablas y…

—Y cayó —murmuró Polly, estremeciéndose.

—Exactamente.

—Luego, entonces, no es una columna lo que hemos visto abajo, sino un pozo digamos elevado.

—Exterior quedaría mejor dicho, aunque protegido por la torre. Seguramente, el suelo era demasiado duro para excavar una cisterna. El pozo exterior fue la solución al problema.

—¿Y el agua?

—Ya no está, pero, en tiempos, tuvo que haber un sistema de

recogida del agua de la lluvia. Una especie de embudo grande, con canalones y…

De pronto, Polly lanzó una exclamación:

—¡Mira, Brando, las tablas son nuevas!

Colter se acercó a la cubierta del pozo. Era una trampilla horizontal, de traza cuadrada, que podía abrirse por medio de una doble hoja, girando ambas sobre sus bisagras horizontales.

—Toma la vela —dijo.

Polly asintió. Colter se inclinó, soltó el pestillo que sujetaba las dos hojas y levantó una de éstas. Luego hizo lo mismo con la otra.

En uno de los lados divisaron unos peldaños de hierro que se hundían en el centro de aquel pozo de siniestro aspecto. Colter sintió de pronto un impulso irresistible.

—Sigue alumbrando —dijo—. Voy a ver qué hay más abajo.

—Cuidado —murmuró Polly, aprensiva.

Colter inició el descenso. Él frío y la humedad eran muy acentuados en aquella cisterna saliente, ahora fuera de uso. Tiempo atrás, pensó, una hermosa joven se había precipitado al vacío, matándose en aquel mismo lugar.

La muerte de Hetty había sido declarada accidental. Pero podía tratarse de un crimen hábilmente planeado y mejor ejecutado, pensó cuando ponía el pie en el fondo de la cisterna.

La luz de la vela era muy escasa. Sacó un fósforo y lo encendió. El suelo era liso. Todavía se veían unas manchas oscuras. Sangre de Hetty, pensó atribuladamente, al recordar a la bella y vivaz muchacha que había dejado su vida en aquella tétrica mansión.

De pronto oyó un agudo grito:

—¡Brando, el diablo!

Colter levantó la cabeza. Casi en el mismo instante, oyó un espantoso alarido.

Algo descendió de las alturas con terrible velocidad. Colter apenas si tuvo tiempo de saltar a un lado, para evitar el aplastamiento de su cuerpo por aquella masa que caía desde arriba, a la vez que emitía un horripilante alarido.

El grito de terror quedó cortado por el escalofriante sonido del cuerpo al estrellarse contra las losas del fondo de la cisterna. Aturdido, lleno de asombro, Colter pudo ver un rostro y unas manos fosforescentes, a menos de cuatro pasos de distancia.

CAPÍTULO VIII

Polly se asomó a la boca del pozo.

—Brando, Brando… —gimió, llena de angustia.

—No te preocupes por mí, estoy bien —contestó él.

Rehecho en parte de la enorme sorpresa, se arrodilló junto al individuo. Su cara estaba agrietada verticalmente desde el cráneo a la nariz. Por aquella horrible raja brotaba la sangre a torrentes. La boca del sujeto estaba torcida en una trágica mueca.

Puso una mano sobre su pecho. El corazón latía, pero con menos fuerza a cada segundo que pasaba. Colter comprendió bien pronto que aquellos movimientos de la víscera eran meros reflejos nerviosos, que no tardarían mucho en cesar.

Levantó la cabeza un poco y miró hacia arriba.

—Ahora subo, Polly —dijo.

Registró rápidamente las ropas del cadáver. Entre su documentación, encontró un permiso de conducción a nombre de Dick Battle. Tenía buena memoria y almacenó el resto de los datos en la mente. Luego dejó todo tal como estaba. Inmediatamente, emprendió la ascensión.

Al llegar arriba, Polly cayó en sus brazos.

—Oh, querido… Fue todo tan rápido… Ese hombre quería arrojarme al pozo… Se abalanzó sobre mí, pero logré saltar a un lado en el último instante… Era el diablo, ¿verdad?

Colter sonrió para sí.

—El diablo, si cae a un pozo, no se parte la cabeza —contestó. Ella le miró, vivamente sorprendida.

—¿Cómo dices, Brando?

—Repito que ese hombre se ha abierto el cráneo al chocar contra el duro suelo. Y se llamaba Dick Battle, además de otras cosas que he averiguado por su documentación, nada diabólica por

cierto.

—Entonces, no era…

—En todo caso, era un pobre diablo que, eso sí, quiso matarte. Probablemente, por demasiado curiosa.

—Pero es el mismo que me atacó en el albergue.

—Querida, pienso que entonces se limitó a darte un buen susto.

—¿Y la maldición que profirió al ver la cruz? ¡Habló en el propio lenguaje del diablo, Brando!

—¿Conoces tú el idioma infernal? Polly se quedó parada.

—Tal vez… habló así para confundirme…

—Es más, tenía una segunda llave de tu cuarto y cerró por fuera, para hacerte creer que se había filtrado a través de la puerta. ¿Lo comprendes ahora?

—Sí, pero ¿por qué hacen todo eso, Brando?

—Ya lo averiguaremos. Lo mejor será que volvamos a nuestras habitaciones, Polly.

—¿Y… y el muerto?

Colter soltó a la muchacha y cerró la tapa del pozo.

—Vendrán a buscarlo cuando noten su ausencia y, créeme, callarán, porque les conviene. Ese tipo trató de hacer efectivo el aviso de la posada, ¿comprendes?

—Quería matarme a mí… pero tú estabas vivo…

—Imagínate que consigue cerrar la trampilla. Yo hubiera muerto de hambre y sed. ¿Te has fijado en la reciedumbre de las tablas? Tienen un grosor de más de cuatro centímetros… y probablemente, luego, hubieran acumulado piedras o incluso más tablas… Cualquier cosa, con tal de evitar que yo pudiera salir de ahí abajo.

Polly se sintió aterrada, dándose cuenta de que las suposiciones de Colter tenían considerables visos de verosimilitud.

—No llevo encima ni un cortaplumas —añadió él—. Antes de que hubiera conseguido arañar un centímetro en la madera, ya habría tenido encima una tonelada de lastre.

—Sí, tienes razón, pero yo me siento llena de pánico. Volvamos, Brando —suplicó la muchacha.

—Desde luego.

Colter se hizo cargo de la vela. Con las manos juntas, iniciaron el descenso. La cubierta del pozo había vuelto a quedar como estaba. Sin el menor tropiezo, consiguieron llegar a sus

habitaciones.

—Ciérrate con llave por dentro —aconsejó él.

—Sí, Brando. ¿Qué… qué haremos mañana? —preguntó Polly.

—Es preciso aguardar a que hable con Ray. Tú insiste en conversar con Anita. Algo sacarás, ¿comprendes?

Polly se deslizó al interior de su dormitorio. Colter se acercó a la puerta del suyo y abrió.

Durante unos segundos, permaneció inmóvil en el umbral, contemplando a la hermosa mujer, vestida con un largo peinador blanco, que contrastaba sugestivamente con el intenso color negro de su larga cabellera, suelta hasta la cintura. Anita permanecía junto a la cama, asida con una mano a una de las altas columnas torneadas, de modo que la luz que había tras ella, junto a la cabecera, provocaba la visión de su escultural silueta a través del liviano tejido de sus ropajes. En la mano izquierda tenía una larga boquilla, con un cigarrillo apagado.

—Sentí deseos de fumar, pero no tenía fósforos —dijo, sonriendo de un modo extraño.

Rehecho de la sorpresa, Colter cruzó la puerta, cerró y avanzó hacia la dueña de la casa. Sacó un fósforo y lo encendió, aplicándolo al extremo del cigarrillo. Anita inhaló el humo un par de veces.

—Muy amable, Brando —dijo.

—Ha sido un placer, pero… ¿por qué no le pidió fuego a su esposo?

—Está delicado. El médico ha recomendado unos días de aislamiento absoluto.

—¿Qué le pasa? ¿Tan grave es la enfermedad que padece? Anita hizo un leve encogimiento de hombros.

—Depresión nerviosa —contestó.

—Si yo tuviese una esposa como usted, no estaría deprimido jamás —dijo Colter.

—Cada hombre es un caso —rió ella—. Quizá yo me equivoqué al casarme con Ray, pero la cosa está ya hecha y no tiene remedio.

—¿Qué significa eso? ¿Acaso va a morir? —se alarmó Colter.

—No sea agorero, hombre. Yo me refería a que no es el hombre que necesitaba, simplemente.

—Si no recuerdo mal, ya hubo quien la advirtió de que no debía

casarse con Ray.

—Debí haber hecho caso a mi amiga… Brando, usted y Ray fueron siempre muy amigos.

—En cierto modo, así podría definirse nuestra relación, Anita.

—Por tanto, Ray tuvo que hablarle de Harnigan Tower y de sus leyendas.

—Cuando heredó, sabía tanto de Harnigan Tower como yo. Fue un hombre, ya muerto, quien nos contó la leyenda del primer barón y del alma diabólica que lo poseía y que se va apoderando sucesivamente de todos sus descendientes. Por supuesto, Ray no hizo el menor caso.

—¿Le habló alguna vez del tesoro de Kilroy Harnigan, primer barón Harnigan? Colter respingó al oír aquellas palabras.

—Jamás he oído nada al respecto —contestó.

Anita rió suavemente. Luego rozó la mejilla del joven con los dedos de sus manos.

—Continuaremos hablando mañana del asunto —dijo.

Echó a andar hacia la puerta, ondulando sinuosamente, Al llegar allí, se volvió hacia el joven y sonrió.

—No deje de tener dispuestos unos cuantos fósforos a la misma hora —solicitó.

La puerta se cerró. Colter quedó como viendo visiones. ¿Cuáles eran los propósitos de Anita?, se preguntó. ¿Qué se figuraba la mujer que sabía él acerca de un tesoro, del cual acababa de tener la primera noticia?

* * *

Por la mañana, apenas desayunó, Colter buscó al doctor Eamus, sin conseguir encontrarlo. Al cabo de unos minutos, consiguió dar con Coutts.

—¿Puede indicarme dónde está el doctor? —preguntó.

—En su cuarto de trabajo, supongo —contestó el individuo—. Está instalado en la torre Este. Si quiere ir allí, deberá usar la puerta del fondo del corredor, en el primer piso.

—Gracias, Tony.

—A su disposición, señor.

Colter echó a correr escaleras arriba. En el castillo, todo parecía normal. La muerte de Battle no había alterado el régimen de vida

que se seguía allí habitualmente.

Pronto encontró la entrada. Instantes después, se detenía ante una puerta, cuya reciente construcción saltaba a la vista.

Llamó con los nudillos. Alguien, agriamente, dijo:

—¡Espere un momento! ¡Estoy ocupado!

—¡Quiero hablar con usted, doctor! —gritó Colter.

—¡Espere!

Eamus no parecía dispuesto a ceder. Colter pensó que lo mejor era armarse de paciencia. En modo alguno le convenía un escándalo.

Dominando sus nervios, encendió un cigarrillo. Iba a encender el segundo cuando, de pronto, se abrió la puerta.

—Ah, es usted, inspector —dijo Eamus—. ¿En qué puedo servirle?

—En primer lugar, lo sabe de sobra, no pertenezco a la policía. Y, en segundo, ¿dónde está mi amigo?

Eamus sonrió maliciosamente.

—Si no pertenece a la policía, ¿por qué quiere ver al barón?

—Le he dicho que soy su amigo. Quiero verle…

—Y yo soy su médico y no permito visitas que puedan alterar el ritmo de su convalecencia. Una recaída podría resultarle funesta, ¿comprende?

—Usted dijo ayer que hoy podría verle —insistió Colter.

—Anticipé una opinión, que luego ha resultado errónea. Tenga paciencia, hombre; le garantizo que el barón está bien, salvo las consecuencias de esa depresión nerviosa. ¿O es que no se fía de mi palabra?

Colter apretó los labios. De pronto, obedeciendo a un impulso incontenible, apartó al doctor y cruzó la puerta.

La estancia era grande y tenía todo el aspecto de un cuarto de trabajo, aunque no se veía ningún aparato, ni siquiera un microscopio. Al fondo había un largo armario con varias estanterías, y Colter abrió de golpe la puerta.

Detrás de él, sonó una risita.

—¿Cree que encierro a mis pacientes en armarios? Colter giró en redondo.

—Doctor, ¿qué le parecería si viniese un forense policial a examinar a su cliente? —exclamó.

Eamus se encogió de hombros.

—Tráigalo cuando quiera —respondió—. Por muy mal pensado que sea usted, no tengo nada que ocultar con respecto al barón. Simplemente, insisto en que no debe recibir visitas… salvo la de ese hipotético forense, si tanto empeño pone en ello.

—Está bien, doctor, aceptaré su palabra. Pero, dígame, ¿cuándo puedo ver a Ray?

—Veinticuatro horas, cuarenta y ocho… No puedo garantizar un plazo exacto, compréndalo.

Colter echó a andar hacia la puerta.

—Doctor, volveré mañana —prometió.

—A su disposición, inspector.

El joven se sintió tentado de protestar una vez más de aquel inadecuado tratamiento, pero desistió. Abandonó la torre y se dirigió al cuarto de Polly.

La muchacha terminaba de arreglarse en aquel momento.

—¿Hay algo de nuevo? —preguntó.

—Te lo contaré más tarde —dijo él—. Habla con Anita y pídele un coche; necesito ir a Millwardstone.

—Está bien.

* * *

Eran cerca de las once de la mañana, cuando Colter llegaba al pueblo. Buscó la centralita telefónica y pidió comunicación con Scotland Yard.

Habló durante un cuarto de hora. Al terminar, abonó el importe de la llamada y ya, sin prisas, se encaminó al albergue.

Harriet le recibió con una cálida sonrisa.

—Me alegro de verle —dijo—. ¿Todo bien en Harnigan Tower?

—Quiero hablar con usted, A solas —manifestó Colter secamente.

—Por supuesto. Entre aquí, en mí salita.

Harriet se metió por la puerta que había al otro lado del mostrador. Colter entró en la habitación, coquetonamente amueblada. Divisó un *secrétaire*, que supuso sería el escritorio donde Harriet llevaba sus cuentas, una mesa, una alacena, dos sillas y un largo y cómodo diván al fondo.

—Querrá un trago, supongo —dijo ella.

—No vendrá mal, en efecto.

Harriet se volvió hacia la alacena y sacó una botella y dos vasos. Luego caminó hasta la mesa. Colter observó que ella se había desabrochado la blusa casi por completo. Harriet se inclinó en demasía al llenar los vasos. El gesto era claramente tentador.

—¿Y bien? —sonrió ella, a la vez que le entregaba un vaso.

—Hace dos noches, un individuo vino a verla. Usted se marchó con él. Dijo que iba a atender a su madre, pero eso no es cierto. Aquel hombre reside en Harnigan Tower.

Harriet se puso seria.

—¿Qué le ha dicho? —preguntó, con voz repentinamente tensa. Colter soltó una risita.

—¿Decirme? Es usted la que tiene que hablar —contestó—. Y creo que le conviene, Harriet.

—Bueno, mire, la verdad es que no quiero meterme en líos. En Harnigan Tower hay ahora una gente muy extraña…

—El doctor Eamus, por ejemplo.

—Sí, y esos tipos que son sus sirvientes. Tony Coutts me pagó para que les avisara si ustedes llegaban a Millwardstone. Por lo menos, usted.

—¿Avisarles? —se extrañó Colter.

—Claro, hay teléfono en Harnigan Tower. Creí que lo sabría, Brando. Colter meneó la cabeza.

—No lo he visto, pero tampoco importa —respondió—. Siga, Harriet.

—Bueno, Tony acudió a mi llamada y me dijo que debía procurar distraerle cuando alguien diera un susto a la chica. Sólo se trataba de una broma; ella gritaría, usted acudiría a ayudarla… y luego, yo le haría venir a mi habitación un rato.

—Para colgar un cartel en mi dormitorio. Harriet se puso encarnada.

—Puede que haya sido una broma algo pesada —murmuró.

—Esto es algo más que una broma —dijo él—. Incluso se han producido algunas muertes, pero no hablemos por ahora del asunto. Quiero que me diga algo, Harriet.

—Sí, lo que sea, Brando.

—¿Qué sabe usted del tesoro de Kilroy Harnigan? Harriet se echó a reír.

—Ah, pero ¿usted también cree en esas paparruchas? —preguntó.

—Bueno, alguien me lo mencionó anoche. Supongo que se trata de una leyenda, pero me gustaría conocerla.

—Kilroy Harnigan era un pirata de la costa. Hacía señales falsas a los barcos, en especial las noches de tormenta, y los lanzaba contra los acantilados. Luego, con la ayuda de sus secuaces, asesinaba a los tripulantes que habían sobrevivido al naufragio y saqueaba los barcos. Los restos de los buques que no se habían hundido, acababan en una hoguera.

—Creo que entiendo —murmuró Colter—. ¿Qué más, Harriet?

—Bueno, eso duró muchos años, dicen. Parece ser que Kilroy reunió un gran tesoro, monedas y joyas, y lo escondió en alguna parte. Es todo lo que sé. Brando —concluyó la posadera.

—Un hombre que vende su alma al demonio, no necesita hacer naufragar a los barcos para reunir una gran riqueza —objetó Colter.

—El diablo se había apoderado de él —dijo Harriet—. Por eso cometió tantos crímenes y un día fue castigado por la justicia de la reina María Estuardo. Pero ya tenía un hijo y su alma pasó a éste.

—Comprendo, Harriet, muchas gracias por todo. Ah, no se olvide de tenerme listo un barrililllo de este excelente *whisky* para llevármelo cuando me vaya de Millwardstone.

Colter se encaminó hacia la puerta. Harriet corrió tras él.

—¿Tiene mucha prisa? —dijo, insinuante.

—Ahora, sí. Gracias por todo —se despidió el joven.

Ni la hora ni las circunstancias eran las más adecuadas para un devaneo, se dijo. Salió del albergue, subió al coche y emprendió el regreso a Harnigan Tower.

Minutos más tarde, avistaba el túnel que parecía la bocaza de una fiera apocalíptica. Tras atravesarlo, enfiló la siguiente curva, reduciendo mucho la velocidad. Al salir de ella, divisó a un hombre parado en el centro de la carretera.

Colter frenó y el coche se paró junto al individuo.

—Si quiere, le llevaré a…

Se interrumpió bruscamente. Los ojos de Amos Ferguson le miraron con destellos que parecían chispas de fuego de enorme intensidad.

Colter percibió una extraña sensación en el interior de su mente.

De pronto, oyó la voz de Ferguson:

—Acuda mañana a la torre Norte. Encontrará algo interesante.

Colter asintió mecánicamente. Fue a decir algo, pero tenía la lengua pegada al paladar. Había una parálisis incomprensible en sus músculos y no podía mover las manos para manejar los mandos del automóvil.

Pasados unos minutos, sintió que las fuerzas le volvían. También pudo abrir la boca y gritar:

—¡Ferguson!

Pero el misterioso individuo había desaparecido, de tal modo, que Colter llegó a pensar en la posibilidad de una alucinación.

Capítulo IX

—Y, sin embargo, lo vi y escuché su voz —dijo Colter, paseándose, nervioso, por el centro de la habitación, mientras Polly, sentada en una silla, le contemplaba en silencio—. Primero pensé que era un viandante casual y empecé a decirle que si quería que lo llevase a Harnigan Tower, pero entonces lo reconocí…

Colter se detuvo en seco.

—No sé si fue una visión o no, pero creo firmemente en que Ferguson me habló —añadió.

—Brando, no estamos seguros de que fuese Ferguson el hombre que ardió vivo en Londres —dijo Polly.

—Pudiera ser, pero, en tal caso, ¿cómo explicar sus repentinas apariciones y desapariciones?

—Yo tengo formada una hipótesis. Quizá resulte algo disparatada, pero ¿no es también disparatado, en cierto modo, todo lo que nos ocurre?

—Es posible. Vamos, habla.

—Por motivos que ignoramos, Ferguson es enemigo de Harnigan Tower, no de su dueño en sí, sino más bien de la propiedad. Quiere acabar con la maldición, me parece, y trata de ayudarnos para que sus deseos se cumplan.

—No veo cómo podemos ayudarle…

—Ya estamos haciéndolo, ¿no?

—Sí —admitió él a regañadientes.

—Es un formidable hipnotizador. Tú mismo has dicho que estuviste unos minutos inmóvil, después de que él te habló. Su mente influyó en la tuya, como pasó en otras ocasiones; por lo tanto, no le ves retirarse, porque él lo «prohíbe». Sí lo ves cuando aparece, y esto resulta lógico, pero, a continuación, utiliza su formidable poder hipnótico y te hace ver y oír lo que a él le

conviene que veas y oigas. ¿O es que ya no te acuerdas ya del día en que tomabas una copa con Ray y él se acercó para advertirle de que no debía venir a Harnigan Tower?

—Es cierto —exclamó Colter—. Incluso sugestionó a la camarera… Ray y yo pensamos que la camarera había servido una tercera copa, pero luego lo negó ella.

—Más a mi favor, Brando —dijo Polly—. Por tanto, creo que debemos buscar en la base de la torre Norte.

—Pero ¿qué hemos de buscar allí, Polly? Ella inspiró profundamente.

—¡El tesoro de Kilroy Harnigan! —contestó.

Hubo un momento de silencio. Luego, Colter movió la cabeza varias veces seguidas.

—Respecto a ese tesoro, me siento absolutamente escéptico, al menos, en su valía. No digo que no haya por alguna parte unas cuantas monedas antiguas, algunas joyas, pero en ningún modo un tesoro de cuento oriental —contestó.

—Anita también cree en ese tesoro, Brando —dijo Polly.

—Ah, lo ha mencionado.

—Sí, muy vagamente, pero de un modo inequívoco.

—Ella es una mujer muy rica.

—¿A quién le amarga otro dulce, Brando? —dijo Polly irónicamente.

—Eso es cierto, pero más que el tesoro, me preocupa la salud de Ray. ¿Qué te ha dicho Anita?

—Oh, se muestra muy tranquila y confía plenamente en el doctor Eamus…

—Ya ves, todo lo contrario que yo —sonrió Colter.

—Anita dice que el matrimonio no le ha hecho superar la depresión nerviosa, como esperaba el doctor Eamus, pero que acabará por sanar del todo.

—Y, mientras tanto, Eamus le tiene prohibidas las visitas. Polly se encogió de hombros.

—Él es el médico —contestó.

—Le di de plazo hasta mañana —dijo Colter, ceñudo—. No permitiré más dilaciones para ver a mi amigo.

Polly se marchó hacia la puerta.

—Como quieras. Voy a arreglarme para la cena —manifestó.

Colter hizo un gesto de asentimiento. Encendió un cigarrillo y dio varios paseos más por la habitación. De pronto, tiró el cigarrillo a un cenicero y se encaminó hacia la puerta.

Salió al corredor. Conocía el emplazamiento de la habitación de Anita y hacia allí encaminó sus pasos. Pero cuando ya alzaba la mano para llamar, oyó voces al otro lado de la madera.

Aguzó el oído. Anita hablaba con un hombre. No era el doctor Eamus, cuya voz un tanto chillona conocía el joven. La voz del sujeto que estaba con Anita era muy distinta.

Tras algunos segundos de indecisión, se revolvió a hacer girar el picaporte con infinito cuidado. Empujó la puerta centímetro a centímetro y consiguió abrir una estrecha rendija, a través de la cual pudo ver a Anita con un sujeto que le resultó enteramente desconocido.

Anita y el hombre estaban abrazados y se besaban y acariciaban con gestos llenos de ardorosa pasión. Por un instante, Colter llegó a pensar que su amigo había conseguido escapar de la tutela del doctor Eamus, pero un momento después, el hombre se separó ligeramente de Anita y Colter pudo ver su equivocación.

—¿Estás seguro? —preguntó la joven.

—Absolutamente, ya no hay duda alguna. Encontré una copia del documento en la Biblioteca Central de Edimburgo.

—Eso es maravilloso, Lewis. ¿Estás preparado?

—Claro que sí, preciosa. Lo haremos a la noche, cuando duerman todos.

Ella le besó de nuevo. Colter no quiso seguir viendo más. A su amigo le traicionaban todos, pensó amargamente. Pero él haría los posibles para que conociera la verdad, sin demasiado daño para su mente.

Regresó a su dormitorio. A la hora de la cena, Anita presentó al nuevo huésped.

—Lewis Chaffee, abogado —dijo—. Pertenece a la oficina en donde se descubrió la identidad de mi esposo como heredero de Harnigan Tower.

Colter estrechó la mano del recién llegado.

—Es un placer, señor Chaffee —sonrió—. ¿Ha venido a ver a su cliente?

—En cierto modo —contestó el abogado—. Pero la baronesa me

ha informado de la dolencia que le tiene aislado y he decidido darle a ella unos documentos complementarios sobre la herencia. Me marcharé mañana; el trabajo no me permite quedarme más tiempo en Harnigan Tower.

—Ray se curará, no tema —dijo Colter.

Polly llegaba en aquel momento y la presentó al abogado. Minutos después, vino Eamus y ocupó su puesto en la mesa.

—Mi cliente mejora considerablemente —exclamó con jovial acento—. Tal vez mañana le permita dar un paseo por el exterior.

—Cuánto me alegro, doctor —exclamó Anita—. La verdad, empezaba ya a sentirme muy inquieta.

—No hay motivos, baronesa; dije que sacaría adelante a su esposo y cumpliré mi palabra —contestó Eamus rotundamente.

* * *

El tiempo pasaba con enorme lentitud. Colter tenía entreabierta la puerta de su dormitorio, desde la cual podía dominar casi toda la extensión del pasillo.

El edificio estaba sumido en un silencio total. De pronto, Colter se espabiló.

Sonaron unas tenues pisadas en las inmediaciones. Las espaldas de un hombre aparecieron ante los ojos de Colter. El individuo llegó ante el dormitorio de Anita y tocó suavemente con los nudillos.

Ella abrió casi en el acto y salió al pasillo. Luego, en unión de Chaffee, se dirigió hacia la escalera que conducía al vestíbulo.

Con grandes precauciones, Colter se asomó a la esquina. Anita y Chaffee desaparecieron a través de la puerta exterior. Entonces, Colter corrió hacia el dormitorio de Polly.

La joven dormía profundamente. Colter la zarandeó sin piedad.

—Vamos, despierta, vístete —dijo en voz baja. Polly se sentó en la cama, llena de sobresalto.

—Pero ¿qué pasa…?

Colter se encaminó hacia la puerta y quedó allí, vuelto de espaldas.

—Ponte pantalones y *pullover* —dijo.

Ella comprendió que ocurría algo de importancia y echó a un lado las ropas de la cama. Momentos después, se reunía con el joven.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—A la torre Norte —respondió él.

—¿Piensas encontrar algo? —Se estremeció Polly.

—Es posible. Vamos.

Salieron del dormitorio, con las manos juntas. Colter llevaba una linterna eléctrica, que había comprado en Millwardstone, ya que no quería tener que recurrir de nuevo a las velas, caso de necesitar una luz. Atravesaron el vestíbulo, escasamente iluminado, y salieron al exterior.

El rumor del oleaje les llegó enseguida, envuelto en soplos de aire húmedo y frío. Pegados a los muros, caminaron lentamente, hasta llegar a las inmediaciones de la torre Norte.

De pronto, Colter oyó un ruido y se aplastó contra la pared. Polly se le acercó más, llena de temor.

El ruido se repetía con cierto ritmo. Era el sonido inconfundible de una barra de hierro al golpear contra las piedras.

—No hagas tanto ruido, Lewis —dijo Anita de pronto.

—Es imposible evitarlo —contestó Lewis, un tanto malhumoradamente—. Las piedras son muy grandes y la argamasa es de siglos. Quizá no podamos terminar siquiera esta noche, ¿comprendes?

—Haz lo que puedas, querido —se resignó ella.

Colter hubiera deseado salir a terreno descubierto, para reprochar a la joven su desvergonzada infidelidad, pero se contuvo a tiempo. Hablaría con Ray cuando estuviese curado, se prometió a sí mismo.

Chaffee trabajó unos minutos más. De pronto, detuvo su labor, para secarse la frente.

—No estoy acostumbrado —se disculpó.

—Descansa —sonrió Anita—. Y si hoy no terminamos, mañana…

—Mañana no terminarán, ni nunca —sonó de pronto una voz que parecía brotar de las profundidades de una sepultura.

Anita lanzó un chillido de susto. Colter, por su parte, se apresuró a tapar la boca de Polly con una mano, a fin de evitar que la muchacha gritase y delatara su presencia en aquel lugar.

El hombre que había hablado tan inesperadamente, se hizo visible. Vestía ropas oscuras, por lo que su rostro verdoso,

ligeramente resplandeciente, parecía flotar en las tinieblas.

Chaffee fue el primero en rehacerse.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí? —preguntó con acento hostil.

—Mi nombre no le importa en absoluto. En cuanto a los motivos de mi presencia en este lugar, se debe evitar que el tesoro que está ahí escondido pase a manos que no tienen el menor derecho a disfrutarlo.

Chaffee se sintió acometido por un brutal acceso de cólera.

—¡Le voy a…!

Al mismo tiempo que hablaba, levantaba la barra de hierro, con ánimo de golpear al recién llegado. Pero en aquel mismo instante, el otro extendió una mano.

Algo pareció brotar de la mano, una especie de rayo de luz verdosa, muy tenue, un chispazo alargado de cortísima duración. Chaffee lanzó un grito ahogado, soltó la barra, se tambaleó, con las manos en el pecho y cayó al suelo.

Colter presenció la escena y comprendió que Chaffee había muerto. Anita también lo entendió así y lanzó un chillido agudísimo.

Enloquecida, echó a correr. El pánico le impidió ver el terreno que pisaba. De pronto, sus pies perdieron el apoyo del suelo y se precipitó en el vacío, lanzando un alarido desgarrador.

Polly se tapó los ojos con las manos, estremecida de horror. Colter escuchó el espantoso ruido que hacía aquel hermoso cuerpo al chocar y rebotar contra los salientes rocosos de los acantilados. Pero aquellos sonidos fueron de muy breve duración.

Luego volvió el sonido normal del viento y de las olas. De pronto, Colter, resuelto, avanzó unos pasos y se plantó delante del individuo que había fulminado a Chaffee con un solo gesto de su mano.

—Ferguson —llamó.

El otro se retiraba ya. Al oír su nombre, se volvió.

—Ah, es usted, Colter —dijo, sonriendo.

—Ha matado a Chaffee —acusó el joven.

—¿Yo? —Ferguson soltó una risita burlona—. Ha muerto de miedo.

—Usted…

—Por favor, no me achaque crímenes de los que no soy culpable. Simplemente, quise evitar que se llevaran lo que hay debajo de esas piedras.

—¿Acaso es usted el guardián del tesoro de Kilroy Harnigan?

—Sí.

—Pero este castillo tiene un dueño… Puede ocurrírsele buscar el tesoro; le pertenecería legalmente.

Ferguson volvió a reír. Era una risa baja, siniestra.

De pronto, Colter encontró que el individuo no era ya tan simpático.

—Cuando venía ayer, usted me dijo que buscase en la torre Norte. Por qué, ¿pues, ahora dice todo lo contrario?

—Temo que interpretó mal mis palabras, Colter. Lo que yo quería decir es que acudiera aquí, para ver lo que les sucedía a unos que querían llevarse el tesoro. Y, de este modo, supongo, usted y su linda acompañante, prudentemente escondida en las sombras, no sentirán más la tentación de apoderarse de algo que debe permanecer oculto hasta el fin de los siglos.

Colter tenía la boca abierta. Antes de que pudiera decir nada, Ferguson dio media vuelta y echó a andar.

Súbitamente, cuando había dado una docena de pasos, Ferguson desapareció.

CAPÍTULO X

—Me siento aterrada —confesó Polly minutos después, en el interior del castillo, mientras se esforzaba por tomar un sorbo de la copa que le había dado el joven—. Ese Ferguson parecía el demonio…

—La verdad, no me extrañaría en absoluto —dijo Colter—. Cada vez que lo pienso, voy persuadiéndome más y más de que Ferguson no es tan bueno como aparenta, sino todo lo contrario.

—Pero él no quería que viniésemos a Harnigan Tower… Quería evitar que nadie llegase a conocer el secreto del tesoro, aunque no comprendo los motivos, Si él no lo va a disfrutar, ¿por qué no permitir que lo disfruten otros?

—Podríamos decir que ya habrá ocasión de preguntárselo, pero eso, creo, va a resultar más difícil de lo que pensamos, porque Ferguson no aparece cuando se le necesita, sino cuando a él le conviene.

—¿Sabes lo que estoy pensando. Brando? —exclamó Polly de repente, vivamente excitada.

—No soy telépata —sonrió él.

—¡Ferguson es el mismísimo demonio! Colter respingó.

—Polly, por favor…

—Cada vez que lo pienso, me inclino más y más hacia esa hipótesis —insistió ella—. Quizá se trate solamente del instinto femenino, pero creo firmemente en lo que acabo de decir. Sí, ya sé que tú eres un escéptico, que sólo crees en cosas que puedes ver y oír con tus sentidos normales… pero ésa es una idea de la que no me puedo desprender.

—Bien, supongamos, que ya es decir, supongamos, repito, que Ferguson es el diablo. ¿Por qué hace todo lo que sabemos hasta el momento?

Polly hizo un gesto con las manos.

—Mi perspicacia ya no llega a tanto —respondió—. Pero creo que conseguiré averiguarlo, la próxima vez que me enfrente con él.

—¿Cómo? —quiso saber Colter.

—Simplemente, deteniéndole, impidiéndole que se vaya; obligándole a que hable…

—Si es el diablo, sus poderes son prácticamente ilimitados. No podrás detenerle, Polly.

La joven sonrió.

—Hay Alguien que puede más que el diablo —dijo, a la vez que enseñaba la crucecita de oro que pendía de su cuello.

Colter asintió con lentos movimientos de cabeza. Al cabo de unos momentos, dijo:

—De todos modos, hay otros problemas más urgentes que hablar de nuevo con el diablo.

—¿Cuáles son esos problemas, Brando?

—Han muerto dos personas, una de ellas, la esposa del dueño de Harnigan Tower. Ray tiene que saber lo que ha pasado.

Polly sintió un ligero escalofrío.

—Pero si el doctor Eamus no te deja hablar con él…

—Eso es lo que vamos a averiguar inmediatamente —dijo Colter con acento lleno de resolución.

Y echó a andar hacia el piso superior.

Polly le siguió en el acto. Momentos después, Colter se detenía ante una puerta, que golpeó con los nudillos.

—¡Abra, doctor! —gritó—. Es urgente.

—¿Qué sucede? —Sonó la voz de Eamus al otro lado.

—Doctor, soy Colter. Ha ocurrido algo espantoso. Vístase, pronto, por favor.

Se oyeron ruidos en el interior del dormitorio. Eamus apareció instantes después.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó—. ¿Por qué tienen que despertarme a estas horas de la noche?

—La baronesa se ha despeñado por el acantilado. Chaffee está muerto —dijo Colter dramáticamente.

Eamus abrió la boca.

—¿Está loco? —barbotó—. Pero huelo a licor…

Colter agarró al médico por una mano y tiró de él.

—Vamos, salga —dijo, exasperado—. Quiero que lo compruebe usted mismo. ¡Camine, camine!

A trompicones, empujado por Colter, Eamus se dirigió hacia la escalera.

—Esto es un atropello —vociferó—. Si mi paciente empeora…

—Después de que le haya demostrado que no estoy loco, usted me conducirá inmediatamente a presencia de Ray Gardiner — aseguró Colter.

Eamus quiso decir algo, pero Colter había tomado la iniciativa y no le dejaba reaccionar. Polly salió detrás de los dos hombres, temerosa en su interior de un estallido de violencia, del que no podría resultar nada bueno.

Sujetando a Eamus con una mano, Colter llevaba la lámpara en la otra. Así llegaron a la base de la torre Norte.

—¡Ahí tiene a Chaffee! —exclamó el joven. Eamus guardó silencio.

—¿Qué? —Dijo Colter—. ¿No está convencido de que le he dicho la verdad?

—De lo único que estoy convencido es de su locura —respondió Eamus—. ¿Dónde está Chaffee?

Colter miró hacia el suelo y lanzó una exclamación de asombro. ¡El cuerpo de Chaffee había desaparecido!

¿Había quedado simplemente desvanecido y, al recobrar el conocimiento, se había vuelto a su habitación?

Pero Ferguson había dicho que estaba muerto. De miedo o de lo que fuera, pero muerto.

Eamus soltó una risita.

—Se ve que el *whisky* que elaboran en Millwardstone es muy bueno —comentó burlonamente—. ¿Cuántas copas de más lleva en el cuerpo, señor Colter?

De repente, sonó una voz a poca distancia:

—¡Colter, suelte al doctor o haré fuego!

Polly lanzó un gritito de susto. Colter se volvió.

Coutts y Randall avanzaban hacia ellos, ambos empuñando sendas pistolas y, a lo que parecía, dispuestos a emplearlas. Lanzando un reniego, Colter soltó a Eamus y se apartó a un lado, a la vez que levantaba las dos manos.

—No pretendía hacerle daño —dijo—. Sólo quería que viese un

cadáver.

—El señor Colter tiene una fantasía exuberante —rió Eamus—. Pretende que Chaffee está muerto y que la baronesa se ha despeñado por el acantilado.

Randall soltó una burlona carcajada.

—¡Vaya cuento de miedo! —exclamó—. Doctor, ¿qué hacemos con la pareja? —consultó.

Eamus parecía dudar.

—No deberían haber venido a Harnigan Tower —gruñó.

—Pero no por eso van a asesinarnos —dijo Colter.

—Su presencia aquí nos ha creado graves problemas —dijo Eamus secamente—. Sintiéndolo mucho, nos vamos a ver obligados a tenerles encerrados unos cuantos días.

—Doctor, yo mejor preferiría cerrarles la boca…

Eamus impidió que Randall continuase hablando.

—Podemos realizar nuestros proyectos, sin necesidad de derramar sangre —exclamó—. Eso nos colocaría en dificilísima situación y lo perderíamos todo. Lo mejor será encerrarles y asegurarnos de que no pueden escapar, hasta que hayamos terminado.

—¿Es muy importante el trabajo que realizan? —Preguntó Colter—. ¿Tal vez averiguar el emplazamiento del tesoro de Kilroy Harnigan?

Eamus soltó una maldición.

—Lo he adivinado —dijo el joven.

—Doctor, esta pareja nos va a meter en un lío gordo —barbotó Coutts.

—Tony tiene razón. —Randall apoyó la petición de su compinche—. ¿Quién encontrará sus cuerpos, después de que hayan sido lanzados por el acantilado? Desaparecerán, lo mismo que el de la baronesa…

De repente, Polly lanzó un grito ahogado. Con ojos dilatados por el terror, señaló a una forma blanca, de flotantes ropajes, que acababa de aparecer en el borde del acantilado.

—¡Mira, Brando! —chilló.

Colter volvió la cabeza. Creyó hallarse bajo el influjo de una pesadilla. Aquello que veía era sólo el resultado de una alucinación. Anita había caído por el precipicio…

Y había más de ochenta metros de altura. No podía haber sobrevivido a una caída tan espantosa, pensó.

Randall lanzó un atroz juramento. A su lado, Coutts empezó a temblar de pánico.

—¡El fantasma de la baronesa! —aulló. De pronto, Colter reparó en un detalle.

Las ropas de Anita aparecían desgarradas por algunos puntos. Había sangre en su cara y en sus manos. Por tanto, no era un ser incorpóreo, sino ella misma, salvada prodigiosamente de una manera que no llegaba a entender. Tal vez, algún saliente había detenido la caída.

Pero sus blancos ropajes, flotantes, agitados por el viento, le conferían el aspecto de un fantasma, inesperadamente aparecido. Colter se dijo que lo que ahora convenía era socorrer a la joven.

Antes de que pudiera hacer nada, Randall, furioso, exclamó:

—Contra los fantasmas, tengo yo un remedio infalible. Y apretó el gatillo de su pistola.

Sonaron varias detonaciones muy seguidas. Anita gritó, se llevó las manos al pecho, dio un par de traspiés y acabó rodando al suelo.

—¡Imbécil, la has matado! —chilló Eamus.

Colter se abalanzó contra Randall y lo derribó violentamente. El individuo juró al chocar contra el suelo. Eamus dio un paso hacia adelante y se interpuso delante de la pistola de Coutts.

—Quieto, no dispares, no empeores las cosas más todavía —ordenó. Coutts vaciló. Colter giró en redondo y se acercó al sujeto.

—Deme el arma —pidió.

—Obedece, Tony —dijo Eamus.

Coutts lanzó un gruñido, pero acabó entregando la pistola. Colter se volvió hacia el caído.

—Levántese, Randall —ordenó—. Y usted, doctor, examine a la baronesa.

—Sí, señor —contestó Eamus con sorprendente mansedumbre.

Se acercó a Anita y tomó su muñeca izquierda. Instantes después, hizo un movimiento negativo.

—Sobrevivió a la caída, pero…

—Coutts, cargue con ella —ordenó Colter—. Usted, Randall, camine delante de mí y recuerde que dispararé al menor gesto sospechoso.

Randall obedeció en silencio. Momentos después, la fúnebre comitiva entraba de nuevo en el castillo.

Tras reflexionar unos momentos, Colter creyó haber encontrado al fin un lugar adecuado para encerrar a Randall. El sujeto quedó en la torre Norte, cuya puerta aseguró Colter con el cerrojo interior.

Eamus permanecía en el vestíbulo. Polly, agotada por las emociones, se había sentado en una butaca, con los ojos cerrados, como ajena a todo lo que sucedía a su alrededor.

—Y ahora, doctor —dijo el joven—, usted va a hablarme claro de una vez. Quiero saber qué le sucede a mi amigo Ray…

De repente, oyó un grito agudo. Era la voz de Polly:

—¡Cuidado, Brando!

Colter empezó a volverse. En el mismo instante, sintió un fortísimo dolor en la nuca. Empezó a caer. Coutts le había atacado a traición, pensó.

Pero un segundo después, estaba sumido en la más absoluta inconsciencia.

* * *

Algo frío tocó su cara. Colter sintió un tremendo dolor en la nuca. Gimió y la cosa fría se hizo húmeda y se paseó por su frente.

—Brando, Brando… —Sonó la voz de Polly.

—¿Estoy muerto? —dijo él, sin atreverse todavía a abrir los ojos.

—Sólo medio muerto —contestó la joven, después de un profundo suspiro de alivio—. Coutts pegó fuerte.

—Sí, eso creo…

De pronto, Colter se dio cuenta de que estaba tendido en el suelo y que su cabeza se apoyaba en el regazo de la muchacha. Ella, a su vez, estaba sentada sobre los talones.

—Polly, tengo la impresión de que estamos encerrados en algún sitio —dijo.

—En una de las habitaciones del ático, con una ventana muy pequeña y a veinte metros del suelo —puntualizó ella.

—Con la puerta debidamente cerrada.

—Sí. Menos mal que han sido corteses y han traído algo de comida, una jarra con agua y una botella de *whisky*. ¿Quieres un trago?

—Sí, vendrá bien —suspiró Colter.

Ya era de día, según pudo apreciar momentos después, al sentarse en el suelo. La luz entraba por la ventana, que no medía más de treinta centímetros de lado.

El licor le hizo reaccionar. Buscó un pañuelo, hizo que Polly lo mojase en agua y se lo aplicó al chichón de la nuca.

—Ya empiezo a sentirme mejor —dijo.

—Has estado sin sentido mucho rato —manifestó ella—. Pero no me alarmé demasiado, porque tu pulso y tu respiración eran normales. Incluso pude descabezar un sueñe —añadió, sonriendo.

Colter miró a su alrededor. La habitación estaba absolutamente desprovista de muebles. Los bocadillos y las bebidas estaban en el suelo, en donde alguien había dejado un par de mantas.

—La puerta… —murmuró.

—Es muy recia y la llave no está en la cerradura —dijo Polly.

Colter sentía que las fuerzas le volvían con rapidez. Al cabo de unos minutos, consiguió ponerse en pie.

—¿Quién me trajo aquí? —preguntó.

—Fueron Coutts y Randall. Soltaron a éste y… El doctor me amenazaba con una pistola, hasta que nos tuvieron encerrados a los dos —explicó la muchacha.

—¿Has oído algo que pueda darnos una pista sobre sus propósitos?

—No, salvo que Eamus dijo que era preciso acabar hoy sin falta. No sé a qué se refieren, Brando.

Colter reflexionó unos instantes. Luego dijo:

—El tesoro de Kilroy tiene mucho que ver en todo esto. Había dos personas que lo pretendían también, pero ya han muerto y sus cadáveres no aparecerán jamás. Quizá los que traten de hallarlo sigan la misma suerte.

—¿Les matará Ferguson?

—Presiento que será así, aunque no puedo decir cómo ni cuándo. De todos modos, vamos a ver si conseguimos escapar de nuestro encierro.

—Es imposible, Brando…

Colter apretó suavemente el brazo de la muchacha.

—Nosotros no tenemos prisa —dijo.

De repente, se oyó un ruido sordo, que sonaba lejos y a un nivel muy inferior.

—¿Qué es eso? —preguntó la muchacha, alarmada.

El golpe se repitió. Colter adivinó enseguida lo que pasaba.

—Están buscando el tesoro y, para ello, no tienen otro remedio que imitar a Chaffee —dijo.

CAPÍTULO XI

Los golpes siguieron rítmicamente durante el día. Colter intentó mil maneras de hacer saltar la cerradura, pero no consiguió nada práctico, desprovisto de la menor herramienta.

—La cerradura está por dentro, sujeta con unos tornillos —dijo —. Hasta me han quitado las monedas, para evitar que alguna me pueda servir como destornillador.

—¿Has dicho destornillador? —exclamó Polly.

—Sí, eso mismo. Si tuviera uno…

Ella sonrió, a la vez que sacaba la crucecita del escote.

—¿No me la diste como arma para el diablo? —dijo.

Colter tomó la pequeña joya y la examinó con aire dubitativo.

—Si resiste… —murmuró.

—Prueba —dijo Polly con ánimo resuelto—. Los tornillos son bastante grandes y ello hace que su muesca sea relativamente ancha.

—Sí, pero llevan mucho tiempo metidos en la madera y estarán oxidados —calculó él con acento lleno de pesimismo—. De todas formas, con probar, nada se pierde.

Se acercó a la puerta y tanteó el primer tomillo. Al cabo de unos momentos, se dio cuenta de que sus esfuerzos iban a tener éxito.

Cinco minutos después, había conseguido quitar dos tomillos. El resto ya no ocasionó dificultad alguna.

Cuando terminó, abrió la puerta y se asomó cautelosamente. Salvo el ruido de los golpes que provenían de la torre Norte, el silencio era absoluto en el interior del castillo.

—Ven, Polly —dijo, a la vez que extendía la mano hacia ella.

Descendieron juntos hasta el primer piso. Una vez allí, Colter se orientó hacia el despacho del doctor Eamus. La puerta se abrió en el acto, ya que no estaba cerrada con llave.

—Mucho confía en sí mismo —comentó el joven, después de cruzar el umbral.

—Brando, ¿qué hemos venido a buscar aquí? —preguntó ella.

—Nunca me he creído del todo que Ray estuviese enfermo —respondió Colter—. Mi impresión personal es que Eamus lo ha tenido secuestrado, aunque con períodos de aparente libertad, como cuando se casó. Aun así, había entonces tres vigilantes, además de Eamus.

—Sí, pero ¿dónde está él ahora?

Colter meditó unos instantes. El despacho media unos diez metros de ancho por cinco de fondo. Estaba en la otra torre y su entrada correspondía al lienzo de pared que era medianero entre la torre y el cuerpo principal del edificio.

—Ahora bien, si la torre es de sección cuadrada y mide algo más de diez metros de lado, cosa que se aprecia en el despacho, aunque descontando aquí, en el interior, la medida que corresponde al grosor de las paredes, tenemos que el despacho, en lo referente a anchura, está adecuado exactamente a las medidas de la torre. ¡Pero debería tener diez metros de fondo, Polly!

Ella contuvo una exclamación de asombro al comprender el significado de los cálculos del joven. Sus ojos se fijaron en la pared situada frente a la puerta, cubierta por paneles de madera, con parte de estantes para libros y algunos objetos de adorno, más el armario, que formaba cuerpo con el resto.

—Esa pared con los estantes es un mamparo de separación —adivinó.

—Justamente.

Se oyeron más golpes a lo lejos. Colter pensó que la actitud de aquellos tres sujetos les permitiría encontrar a su amigo. Abstraídos en su trabajo, presos de la fiebre de encontrar el tesoro, no se preocuparían de ellos.

Avanzó hacia la pared del fondo y tocó suavemente con los nudillos. En la mesa de trabajo vio una lupa, que usó para examinar con todo detenimiento las juntas de unión entre los distintos paneles. El armario quedaba descartado.

De repente, vio una grieta recta, vertical, que iba del techo al suelo.

—Creo que es aquí —dijo.

Empezó a tocar con las manos, ejerciendo presión en distintos puntos. A veces, tiraba de los estantes hacia afuera, buscando provocar el funcionamiento del resorte que, sin duda, mantenía cerrada aquella puerta tan hábilmente disimulada.

De pronto, se oyó un ligero chasquido. Polly exhaló un leve grito. Parte de la pared giró a un lado, dejando ver una abertura, de las dimensiones de una puerta corriente, al otro lado de la cual se divisaba una espaciosa habitación someramente amueblada.

Entre los muebles había una cama, ocupada en aquellos momentos por un hombre que dormía profundamente.

—¡Gardiner! —dijo Polly.

Colter asintió a la vez que avanzaba hacia su amigo. La habitación estaba partida en dos secciones desiguales, en las que una cortina hacía el papel de tabique. Colter descorrió ligeramente la cortina, hallando al otro lado un cuarto de baño.

Gardiner no se había despertado todavía. Colter se acercó a la cama y observó, preocupado, la intensa demacración de su rostro.

—Parece narcotizado —observó la muchacha.

—Eso creo yo, aunque intentaremos despertarle.

—No veo café ni licor…

—Agua —dijo Colter, tajante.

Polly comprendió y corrió a llenar la única jarra que había en la estancia. Colter, por su parte, mojó una toalla con la que empezó a humedecer el rostro del durmiente.

El pulso de Gardiner era regular y sostenido. Colter insistió en sus esfuerzos, hasta que vio a su amigo abrir los ojos.

—Hola, barón —sonrió—. ¿Cómo te encuentras?

—¡Brando! ¿Qué haces aquí? —preguntó Gardiner, estupefacto.

—Te lo contaré más tarde —dijo el joven—. ¿Te sientes capaz de caminar por ti mismo, Ray?

Gardiner meneó la cabeza.

—Estoy muy débil —contestó—. No era ración de convaleciente lo que me daban precisamente esos rufianes para comer.

—Ah, de modo que ya sabes que estabas secuestrado.

—Sí, lo supe hace una semana, más o menos. ¿Qué dice Anita? ¿Por qué no ha venido con nosotros?

Colter bajó la cabeza.

—Ray, debes tener valor —dijo—. Anita… está muerta… La

asesinaron anoche. Gardiner pareció sentirse abrumado por la noticia. Durante unos momentos, permaneció silencioso, con los ojos cerrados, como tratando de hacerse a la ausencia definitiva de su esposa.

—Ese diabólico doctor… —dijo al cabo—. Me parecía ser un niño en sus manos…

Tiene una voluntad tremendamente poderosa; yo me sentía incapaz de resistirme a él…

—Le hipnotizaba —intervino Polly.

—Sí, supongo que sí, aunque tengo idea de que también empleaba drogas narcóticas.

—Probablemente, para rebajar la capacidad de resistencia de tu mente, Pero ¿por qué lo hacía, Ray? —preguntó Colter.

—Por el tesoro, claro —exclamó Gardiner.

—Sinceramente, ¿crees en la existencia del tesoro? Gardiner hizo un gesto ambiguo.

—Siempre ha sido una leyenda en Harnigan Tower y en Millwardstone —contestó—. Ahora bien, hace tiempo yo encontré un viejo pergamino en la biblioteca del castillo, que mencionaba el lugar donde podía encontrarse el tesoro. Por el momento, sin embargo, no tenía prisa en excavar; ¿para qué quería yo más dinero? Heredé de mi antepasado, heredé a Hetty…

—¿Fue accidente o crimen, Ray? —preguntó Colter.

—Accidente, no cabe la menor duda —respondió Gardiner—. Yo la amaba profundamente.

—¿Conocías ya a Eamus?

—No, lo conocí pocas semanas más tarde en Londres. Él había leído algo sobre mi herencia y luego, según creo, estuvo en Millwardstone, adquiriendo más informes. Entonces, supongo, fue cuando concibió la idea de conseguir el tesoro.

—Sí, pero ¿cómo se le ocurrió la idea de la narcosis? —exclamó Polly.

—Bueno, la verdad es que yo me sentía bastante deprimido por la muerte de Hetty. Eamus dijo que era psicoanalista y que podría ver de curar mi melancolía. Puesto que entonces me parecía sincero, accedí a ello.

—Ya habías encontrado él pergamino —dijo Colter.

—Sí, aunque de momento, Eamus no mencionó el tema en

absoluto. Realmente, no dijo nada sino hasta un poco antes de mi boda con Anita. Entonces fue cuando empecé a comprender sus intenciones y decidí romper con él. Pero Eamus consiguió ganarse su voluntad…

—Aunque no supo que Anita hacía su propio juego, con la ayuda de Lewis Chaffee, el pasante del abogado que se encargó de los trámites de la herencia.

—De modo que Anita y Chaffee…

—Lo siento, están muertos los dos. Ella te engañaba, no cabe la menor duda, Ray. Gardiner cerró los ojos un instante.

—Nunca resulta agradable saberse víctima de un engaño de esta clase —dijo al cabo—. Brando, ¿dices que Eamus y sus compinches siguen aún en el castillo? —preguntó.

—Sí, y armados hasta los dientes, Ray —contestó el joven.

—En mi dormitorio tengo un revólver.

—Ahora estará en su poder…

—Nunca mencioné el arma y, además, está escondida. Aparte de eso, necesito ropas: Eamus me mantenía aquí siempre con el pijama y una bata —declaró Gardiner.

—¿Puedes caminar ya? —consultó Colter.

—Lo intentaré…

Colter y Polly ayudaron a Gardiner a ponerse en pie. Una vez estuvieron fuera del calabozo, Colter reparó en una mesita con licores, situada en el despacho de Eamus.

—Creo que será conveniente una parada para tomar una copa —dijo sonriendo—. Ray, dentro de poco podrás comer hasta reventar —añadió.

—No tengo demasiado apetito —confesó Gardiner.

Polly llenaba ya las copas. Gardiner tomó unos sorbos. El color volvió ligeramente a su rostro macilento.

—Sigamos —dijo Colter, minutos después.

Salieron al pasillo. De cuando en cuando, se oían golpes al otro lado del edificio. La noche había cerrado por completo.

Pronto llegaron al dormitorio de Gardiner. Colter dejó a su amigo sentado en una butaca y buscó el revólver en el lugar indicado. Al tenerlo en la mano, efectuó un rápido examen, para convencerse de su funcionamiento.

—Ray, el pergamino que encontraste, ¿habla algo sobre la

leyenda de tu antepasado y de su alma, poseída por el diablo? —preguntó.

—Según esa leyenda, la posesión diabólica cesará cuando se hunda la torre —contestó Gardiner.

—Pero usted la hizo restaurar —alegó Polly.

—Lo admito. Fue una fuerza superior a la mía… y no había intervenido Eamus para nada. Tenía que hacerlo, no podía resistirme a ese mandato.

De pronto, Polly señaló hacia un punto de la pared, donde se veía el retrato, en tamaño natural, de un caballero ataviado a la moda de varios siglos antes.

—Ray, ¿es ése el retrato de Kilroy Harnigan? —inquirió.

Colter volvió la cabeza. Una exclamación de sorpresa brotó de sus labios en el acto.

¡Pues las facciones del hombre retratado en la pintura eran idénticas a las de Amos Ferguson!

CAPÍTULO XII

Pasaron unos momentos antes de que ninguno de los tres pronunciara una sola palabra. Colter, por su parte, creía entender algunas de las cosas que habían sucedido hasta entonces.

La intervención de Ferguson, hombre de carne y hueso aparentemente, no había tenido nada de benévola, sino todo lo contrario; habían sido unos actos completamente egoístas. Pero, al mismo tiempo, unos sujetos desaprensivos, conocedores de la leyenda y codiciosos del tesoro, habían luchado para evitar los competidores.

El diablo en la posada no había sido sino una comedia destinada a impresionarles e impresionar también a los sencillos habitantes de Millwardstone, quienes, tarde o temprano, acabarían por conocer la noticia. Más difícil de explicar era la muerte de Ferguson, abrasado vivo en Londres, pero incomprensiblemente vivo de nuevo en Harnigan Tower.

Porque si el diablo de la posada había sido el tipo llamado Dick Battle, muerto luego durante una segunda representación en la torre Norte, el hombre que se hacía llamar Ferguson era el diablo en persona… o tal vez Kilroy Harnigan, vivo merced al diablo y al servicio de éste.

Así se comprendían las ilusiones que les había hecho ver como realidad, por ejemplo, cuando tomaban una copa de champaña y la camarera, tras servirles, negó haber visto al individuo. Colter lo pensó todo en unos segundos, mientras contemplaba el viejo retrato.

Kilroy Harnigan estaba retratado al aire libre, con un galgo a los pies y fondo rojo de nubes en el ocaso. Entre las nubes y Kilroy se veía la torre diabólica.

De pronto, se oyó un fuerte golpe. Colter sacudió la cabeza.

—Es hora de acabar —dijo.

Con el revólver en la mano, abandonó la estancia. Polly, tras una ligera vacilación, siguió los pasos del joven.

—Cuidado, Brando —aconsejó.

—Tengo experiencia —sonrió él.

Bajaron al vestíbulo. Colter abrió la puerta y, en el mismo instante, Polly lanzó un grito de terror.

Ferguson estaba ante el umbral, mirándoles con ojos llameantes.

—Vuelvan adentro —dijo el hombre.

—No —contestó Colter.

—Por favor…

—Vamos a salir, Kilroy Harnigan.

Una extraña sonrisa se formó en los labios del sujeto.

—Ah, me ha conocido —dijo.

—He visto su retrato. Kilroy, ¿no siente deseos de descansar definitivamente?

—Es imposible. Vendí mi alma al diablo…

—Puede rescatarla.

—¿Cómo?

—Cometió muchos crímenes. ¿Se ha arrepentido de ellos?

—Sí, sinceramente, pero no he encontrado el medio para romper el trato.

—Quizá lo haga yo.

Polly no estaba segura de que lo que sucedía fuese real. Soñaban… o les habían hipnotizado… Pero no era posible estar hablando con un hombre muerto casi quinientos años antes.

—Siempre nos avisó —dijo Colter—. Quería evitar que viniésemos aquí.

—Es cierto.

—Pero no actuaba por propia voluntad. Le enviaba el diablo que tiene en su interior.

—Sí.

—¿Cómo no se ha apoderado aún del alma de Ray?

—Lo hará un día. No tiene prisa, el tiempo no cuenta para él.

—Y le permite volver a tomar esta forma, después de haberse consumido por completo en las llamas.

—Así es.

—Fueron los hombres de Eamus, creo.

—Sí. Yo había hablado con él, pero es un hombre incrédulo. Les envió a seguirme, ordenándoles me aniquilasen por el fuego.

—Escéptico, pero precavido, ¿eh?

—No quiere correr riesgos, claro.

—¿Y ahora? Está a punto de encontrar el tesoro.

—Lo impediré.

—Nosotros también queremos impedirlo.

De pronto, Polly lanzó un agudo grito. En los ojos de Ferguson se veía un intensísimo resplandor rojo, al mismo tiempo que, a través de sus labios entreabiertos se divisaba algo fosforescente que se movía horriblemente en el interior de la boca.

Colter reaccionó velozmente. Su mano izquierda alzó el pequeño crucifijo, acercándolo a la boca de Ferguson. Un horrible alarido fue la respuesta a su gesto. Ferguson giró y huyó a toda velocidad. Colter se precipitó en su persecución.

—¡Brando, Brando! ¡Vuelve! —gritó Polly.

En el mismo momento, sonaron voces en la torre Norte.

—¡Vamos, el último esfuerzo!

—Es la última piedra… la mayor de todas, pero la única que nos queda por quitar…

—¡Aprisa, aprisa; ya me parece ver el tesoro…!

Súbitamente, se oyó un aterrador crujido. Eamus y sus dos compinches alzaron la cabeza. Colter se detuvo a unos cuarenta pasos de la torre.

El ruido se hizo atronador. De pronto, el suelo se abrió, en medio de espantosas sacudidas. Profundos bramidos brotaron del interior de la tierra, a la vez que la torre, deshaciéndose en miles y miles de piedras, se hundía en aquella colosal oquedad, de la que salían vivísimos relámpagos, junto con truenos ensordecedores.

Eamus y sus cómplices intentaron escapar. El suelo falló de repente bajo sus pies y se hundieron en la ardiente sima, lanzando horripilantes alaridos.

Colter y la muchacha estaban detenidos, petrificados por el increíble espectáculo que presenciaban. El suelo, temblaba, como sacudido por un violento terremoto.

Un grito mayor que todos se oyó de pronto. Luego, una sombra llameante se hundió en aquel pozo de fuego, dejando como estela un agudísimo chillido de rabia impotente. En aquel instante, Colter

tuvo la seguridad de que la leyenda acababa de cumplirse.

El diablo había vuelto a su morada. Kilroy Harnigan había rescatado su alma. Ahora descansaría tranquilo en su tumba, hasta el día del juicio final.

Desde el punto en que estaban, el pozo parecía tener una profundidad sin fin. Las llamas se agitaban frenéticamente en su interior. A Colter le pareció que estaba contemplando la entrada del infierno.

Casi maquinalmente, volvió a levantar el crucifijo. Los ruidos empezaran a hacerse más tenues y las llamas se alejaron, como si se hundieran en el seno de la tierra.

De pronto, volvió la oscuridad.

Todo parecía normal. La luna asomó entre las nubes. Su resplandor permitió ver un colosal amontonamiento de piedras. Aquella irregular pirámide de sillares caídos era todo cuanto quedaba de la torre Norte.

Colter atrajo a la muchacha hacia sí.

—La leyenda se ha cumplido —musitó.

Ella asintió. Volvieron a la casa. Gardiner dormía ahora apaciblemente, sin la menor señal de inquietud.

—La amenaza de ser poseído por el diablo se ha alejado de él para siempre —dijo Colter.

Levantó los ojos y contempló durante unos momentos el rostro del hombre que se había hecho llamar Ferguson. Tal vez había desempeñado el mismo papel ante los ascendientes de Gardiner, dominándolos con su poderosa voluntad, obligándolos a tener la torre Norte siempre en perfectas condiciones. Pero ahora no había contado con una banda de sujetos codiciosos y sin escrúpulos. Al quitar algunos de los sillares de la base de la torre, en el lugar donde estaba el tesoro, la estructura había fallado, desmoronándose en un espectacular hundimiento.

Y, durante unos segundos, habían tenido ante sus ojos la entrada del infierno, pensó, estremeciéndose al recordar aquellos horribles momentos.

Miró fijamente el retrato de Kilroy Harnigan. Era curioso; ahora se veía en su enjuto rostro una expresión apacible, de absoluta serenidad. Sus facciones reflejaban ahora la paz que había conseguido al librarse de aquella diabólica posesión.

En cuanto al tesoro de Kilroy, se había hundido en aquella sima de fuego, y no lo lamentaba, porque era un botín conseguido con la sangre, la muerte y la destrucción. El tesoro estaba ahora donde debía estar.

Polly se le acercó y cogió una de sus manos.

—¿Seguiremos aquí mucho tiempo, Brando? —consultó.

—Llevaremos a Ray a un buen médico, para acabar de sanarlo —contestó él—. Lo que pase después, es cosa suya.

—Todavía me estremezco al pensar en aquel hombre a quien creí el diablo —murmuró ella.

—No hizo mal su papel, incluso pronunciando una frase ininteligible, para aumentar la verosimilitud de su supuesta naturaleza infernal —sonrió Colter—. Eamus sabía hacer bien las cosas, aunque no llegó nunca a suponer que lo que él quería hacer pasar por realidad, fuese absolutamente real. Hablé con Scotland Yard, pero no había antecedentes de ninguno de los miembros de la pandilla.

—Lo cual les permitía actuar con impunidad.

—Sí; pero tampoco contaron que había dos ambiciosos que estuvieron a punto de estropearles antes el negocio. También Anita y Chaffee, aun sin saberlo, estaban poseídos por el diablo.

Colter pasó un brazo por los hombros de la joven.

—Polly, querida, ahora hemos de empezar a pensar en nosotros mismos —dijo.

—Sí, Brando —suspiró ella, sintiéndose segura y confortada en los brazos del hombre.

Algunos meses más tarde, el señor y la señora Colter se encontraron con una pareja. Gardiner y Pamela Jones iban del brazo, muy juntos y amartelados.

—Vaya, ésta sí que es una sorpresa —comentó Colter.

—Me enteré de que estaba delicado y fui a visitarle, para ofrecerme a cuidarle. También le debía una especie de reparación —explicó Pamela.

—Le he pedido que me cuide durante toda la vida —sonrió Gardiner.

—Por supuesto, he aceptado.

—A partir de ahora, seré prisionero de ella y no del diablo.

—Ah, y nos casaremos en una iglesia —añadió Pamela.

—Bien, siendo así, no nos queda otro recurso que felicitaros… y solicitar una invitación a la boda —sonrió Colter—. ¿Dónde será la luna de miel?

—En Harnigan Tower. El diablo ha abandonado su morada —contestó Gardiner con voz firme.

—Ya no tengo miedo a vivir allí —dijo Pamela.

—Iremos a visitarles —prometió Colter.

Pamela y Gardiner se marcharon. Colter y su esposa cambiaron una mirada.

—Serán felices —dijo ella. Colter asintió.

—Como nosotros —respondió. Apretó el brazo de la joven y sonrió—. Creo que el médico nos espera —añadió.

Polly se tocó suavemente el vientre, todavía liso.

—Confirmará lo que ya sabemos, querido —dijo dulcemente, pensando en el hijo que ya llevaba en su seno.

Reanudaron su camino. Los horrores pasados en Harnigan Tower quedaban atrás, muy lejos, infinitamente distantes… simples recuerdos de algo que ya no volvería a pasar.

FIN



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig.

Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor.

La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas.

Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión

hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales Bruguera, Toray que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos
Can-Can
y
D. D. T.,
de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras.

García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2.000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans.

Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.